

Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* vacceo del Cerrato palentino

Francisco Javier Abarquero Moras
Ángel Luis Palomino Lázaro

Introducción

En 1959 veía la luz la obra titulada *La Región Vaccea*, de Federico Wattenberg, un estudio que supuso un hito en la investigación de la Edad del Hierro en el centro de la cuenca del Duero y que compendia los datos arqueológicos en aras de definir un espacio a la vez territorial y humano. Sin embargo, en los años siguientes la entidad del área central de la Submeseta Norte se vio repetidamente diluida dentro de ese “cajón de sastre” en el que se convertía a veces la *cultura Celtibérica*, ya fuera como parte integrante de la misma o como espacio cercano adscrito por un proceso de celtiberización identificado fundamentalmente a través de las cerámicas a torno pintadas. La *vía vaccea* de la investigación se reabre, esta vez despojada del lastre invasor que pesaba sobre los primeros investigadores, con la publicación de obras de compendio como las editadas por Romero, Sanz y Escudero (1993) y Delibes, Romero y Morales (1995). Los distintos trabajos contenidos en aquellos volúmenes exponían los resultados de diversas actuaciones arqueológicas gracias a las cuales se empezaban a plantear hipótesis sobre el poblamiento, la arquitectura, el urbanismo, la economía y la sociedad de las gentes que habitaron las tierras del centro del curso del Duero en el momento previo a la romanización. En este proceso participan algunos proyectos de investigación conducidos desde las universidades, caso de la excavación de la necrópolis de “Las Ruedas” de Padilla de Duero, pero también, y de forma muy activa, las intervenciones derivadas de la aplicación de las normativas sobre la protección del patrimonio arqueológico y auspiciadas desde la Junta de Castilla y León, como ocurre en las localidades de Roa, en la provincia de Burgos, o Melgar de Abajo y Montealegre en la de Valladolid.

Tras aquel relanzamiento, al que contribuye poco después la publicación de la mencionada necrópolis de Padilla de Duero (Sanz, 1998), nos en-

frentamos nosotros ante la tarea de ir rellenando, con los esfuerzos diarios, los huecos dejados por el paso del tiempo en el conocimiento de este pueblo prerromano. En este sentido, nuestro trabajo viene a aportar datos de gran interés en lo referente a los ámbitos doméstico y urbano, puesto que, por un lado ayudan a descifrar las técnicas de construcción vacceas y la organización doméstica de sus viviendas, y por otro confirman la existencia de un ordenamiento urbano premeditado en el que juegan un papel importante determinados viales de uso público.

En el presente estudio se exponen los resultados de las excavaciones efectuadas en Vertavillo en el año 1999, las primeras hechas con carácter científico. Aquellas fueron realizadas, como en tantas ocasiones, ante una situación límite que exigía la documentación de los restos arqueológicos antes de su desaparición, ya que éstos se veían afectados por el último tramo del trazado de una zanja destinada a la acometida de agua potable que comunicaba la red comarcal con el depósito municipal. La línea proyectada debía atravesar necesariamente parte del yacimiento arqueológico reconocido en los alrededores del núcleo urbano de la localidad, razón por la que el Servicio Territorial de Cultura de la Junta de Castilla y León en Palencia estableció la necesidad de una actuación arqueológica previa¹.

La intervención se realizó en tres fases. La primera de ellas consistió en la apertura de doce sondeos mecánicos a lo largo del trazado de la zanja a fin de comprobar la presencia o no de algún vestigio. La segunda se ajustó al sector central del espacio sondeado, allí donde los restos descubiertos mostraban una mayor enjundia. Por último, la tercera fase consistió en el seguimiento de los trabajos mecánicos de apertura de la zanja².

¹ El proyecto, denominado *Cerrato Sur, Abastecimiento Comarcal*, fue auspiciado desde la *Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Castilla y León* y ejecutado por la empresa FCC Construcción SA. Esta última corrió con los gastos de la intervención arqueológica en la fase de sondeos, mientras que la mencionada Consejería costeó la fase de excavación y seguimiento.

² Las tres fases fueron ejecutadas por la empresa Aratikos CB, la primera, dirigida por F.J. Abarquero, A.L. Palomino y P. Blanco, entre los días 26 y 30 de abril de 1999, y la segunda, dirigida por F.J. Abarquero y A.L. Palomino, entre el 19 de julio y el 15 de agosto del mismo año, contando en esta última con la colaboración de los arqueólogos J. E. Santamaría, C. Tabernero, R. Flores, O. González y E. Jiménez, y de los trabajadores J. M. López y R. Perdiguero. El inventario de los materiales arqueológicos y su tratamiento estadístico es obra de C. Tabernero, mientras que los dibujos de los mismos lo son de L. Pascual. Aprovechamos estas líneas para mostrar nuestro agradecimiento a Tomás y Jesús Antón Beltrán, que nos facilitaron la realización de los trabajos durante las fases de sondeos y excavación, así como a José Luis Cartagena. La actuación contó desde el principio con la supervisión de la arqueóloga del Servicio Territorial de Cultura de Palencia, Dña. Cristina Lión Bustillo, quién además nos proporcionó,

El Complejo Arqueológico de Vertavillo

Antes de pasar a describir los trabajos llevados a cabo en esta ocasión, hemos de esbozar algunos apuntes sobre el complejo arqueológico de esta localidad en cuanto a su localización, su dispersión y algunas referencias sobre hallazgos previos.

Vertavillo se sitúa al sureste de la provincia de Palencia (Figura 1), en la comarca natural de El Cerrato, en medio de un paisaje dominado por cerros calcáreos separados por pequeños valles surcados por exiguos arroyos. El origen de esta formación está en la erosión diferencial que ataca primero a los materiales arcillosos, depositándolos en el fondo de los valles (vegas), y respeta los páramos calcáreos de origen pontiense, más resistentes a los procesos erosivos, creando entre ambos amplios desniveles o cuestas que son en ocasiones de pronunciada pendiente.

El yacimiento vacceo de Vertavillo se encuentra encaramado a uno de esos relieves residuales y ocupa el espacio en el que se asienta el casco histórico del pueblo, así como sus alrededores, abarcando las plataformas contiguas y las cuestas que las comunican. La actual población se ubica en el extremo de una lengua de páramo de forma cuadrangular de unos 250 m², orientada al sur, con fuertes pendientes en sus flancos oriental, meridional y occidental que llegan a salvar una altura de 30 m, y sólo accesible por el norte, donde la línea de páramos se continúa en una amplia plataforma de suaves lomas que conecta al nordeste con la línea superior de los relieves calcáreos (Fig. 1.2). Su altitud es de 813 m.s.n.m y coincide con las coordenadas 41° 50' 22" de Latitud Norte, y 04° 19' 31" de Longitud Oeste³. (U.T.M. X: 389933.29, Y 463240.4). Desde tan privilegiada situación se goza de un envidiable dominio del paisaje, controlando hacia el sur la vega del arroyo de los Madrazos (o Maderazo) que corre en dirección este/oeste, y hacia el oeste y el noroeste una pequeña vaguada, conocida con el nombre de Vertiente de Carramercado, que tiene una orientación nordeste/suroeste y que desagua en el anterior.

La plataforma descrita se ve acompañada al noroeste y al este por dos nuevos relieves de similares características separados del primero por sendas vaguadas. El que mira al norte y al poniente se configura como una amplia loma de contornos redondeados, escalonada y de pendientes menos pronunciadas, que complementa el dominio visual sobre la vertiente de Carramercado y

en el momento de acometer el informe y a la hora de redactar estas líneas, toda la información disponible en los archivos de su sección, razón por la que dejamos constancia igualmente de nuestra gratitud.

³ M.T.N. 312-IV, Castrillo de Onielo, y 344-II, Castroverde de Cerrato, E. 1: 25.000.

permite el control del paso hacia la vega del arroyo Maderano. Este acceso, conocido con el significativo nombre de El Portillo, es la zona más baja de la línea del llamado Páramo de Abajo y en la actualidad da cobijo a la carretera que une la localidad con la capital de la provincia, lo que nos da idea de su importancia dentro de las vías de comunicación comarcales posiblemente desde tiempos prehistóricos.

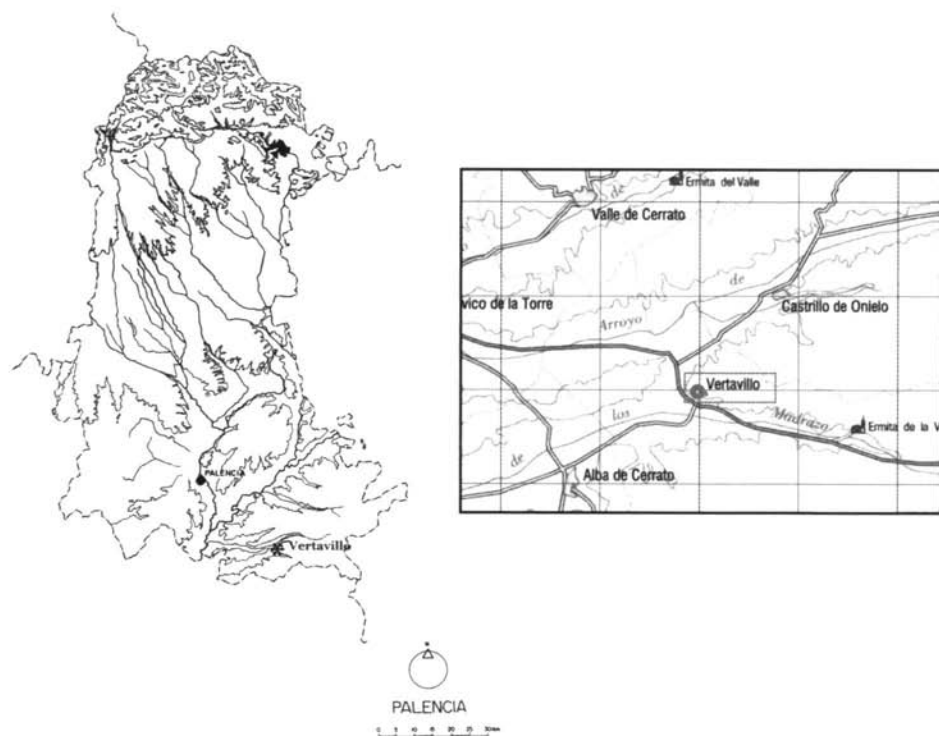


FIGURA 1:

- a. Localización de Vertavillo dentro de la provincia de Palencia;
2. Localización de Vertavillo en el entorno de la comarca de El Cerrato

La plataforma situada al este, que amplía el dominio sobre la vega del arroyo de los Madrazos, muestra unas dimensiones mucho más reducidas y una forma lobulada, aunque el desnivel es incluso más brusco que en el espigón central.

Las excavaciones sobre las que ahora reflexionamos son las primeras que, con carácter científico, se efectúan sobre el yacimiento vacceo de Vertavillo. Sin embargo, las noticias sobre la aparición de vestigios arqueológicos en los alrededores del casco urbano vienen siendo abundantes desde antiguo, lo que nos ha permitido seguir su rastro a través de la bibliografía desde mediados del siglo XX.

La primera mención a restos de esta cronología se debe a G. Sánchez Doncel (1950: 64), quien en su estudio sobre la villa reconoce en el pago de Solanas, frente a la Ermita del Cristo, "...pequeños fragmentos de cerámica pintada de indudable origen ibérico", descripción que más bien alude a las características producciones torneadas de tipo celtibérico que aún se pueden hallar en este término. Más tarde Vertavillo se menciona entre los castros de *La Región Vaccea* de F. Wattenberg (1959: 84, 152 y 137), obra cumbre y punto de partida en el estudio de la Edad del Hierro del centro de la cuenca del Duero, en la que también se señala nuestra localidad dentro de un mapa de dispersión y de otro en el que se reflejan las vías romanas que atraviesan la región (*Ibidem*: fig. 10 y mapa 1).

A mediados de los años 70, con motivo de la publicación del Castro vacceo de Tariego de Cerrato, Castro y Blanco (1975: 111) apuntan la comparecencia de restos romanos y prerromanos en el término municipal de Vertavillo, a la vez que afirman que por el mismo pasaba la vía romana *Viminacium-Clunia-Balsio*. Tampoco se le escapa a Vallejo del Busto (1978: 372), que visita el pueblo en 1976, la presencia de "*cerámica celtibérica en los parajes de Las Eras de Abajo, La Fuente, Las Chozas y cerca del Depósito de Agua*", que se acompaña en Las Eras de Arriba de restos de cornamenta de cérvidos, de adobes y de fragmentos de teja romanos. El mismo autor alude a informes recabados entre los vecinos sobre la aparición de monedas romanas, puntas de lanza y otros objetos.

En las dos últimas décadas del siglo pasado las noticias sobre el yacimiento vacceo de Vertavillo se recogen en estudios de alto interés científico, aunque el poblado palentino únicamente se menciona para completar cartas de dispersión regional o engrosar inventarios parciales, ofreciendo sobre el mismo

tan sólo unos pocos datos referidos a su topografía, a su adscripción dentro de la fase clásica o a su condición de poblado de nueva planta, (Sacristán, 1986: 109, fig. 8; San Miguel, 1993: fig. 16; Sacristán, 1994: fig. 1; San Miguel, 1995: fig. 1; 1995: figs. 2 y 3 y Tablas 1 y 2). En un trabajo de Alcalde (1997: 87-88) sobre *El Cerrato Palentino*, se repite la noticia de la ocupación de Vertavillo en los momentos previos a la romanización, así como las referencias al hallazgo en su suelo de vasos trípodes, cerámicas celtibéricas, ajuares funerarios y materiales de construcción. Una nueva referencia sobre materiales vacceos procedentes de este yacimiento se debe a C. Sanz Mínguez (1998: 314 y ss. figs. 212, 215 y 216), quien en ocasión de su estudio sobre *Los Vacceos* nos presenta varios elementos con decoración excisa -tres fragmentos de cajitas, un vaso y dos posibles placas zoomorfas-, a la vez que nos habla de la presencia de bolas de barro, objetos todos ellos recogidos en superficie y que se encuentran depositados en la colección del P. Belda en Alba de Tormes (Salamanca). Por último, la alusión a un poblado prerromano en Vertavillo y al paso de una vía de comunicación de época romana por el municipio, la encontramos también en algunos de los estudios sobre la romanización de la provincia de Palencia (Hernández y Sagredo, 1998: 38-39 y 148; Sagredo y Hernández, 2003: 79).

El poblado vacceo de Vertavillo abarca amplias zonas de la geografía que hoy rodea al núcleo urbano (Fig. 2). La reducida visibilidad y la escasa potencia del suelo, sucesivamente alterado a lo largo de los siglos, impiden su identificación dentro del viejo recinto murado; sin embargo, la documentación de innegables vestigios prerromanos en la práctica totalidad de su contorno nos hace sospechar que al menos uno de los barrios del poblado vacceo se encontrara en la atalaya natural hoy ocupada por el casco histórico, la cual alcanza 6 ha. de extensión. Por lo demás, son sus alrededores los que ofrecen las mejores huellas para la delimitación del yacimiento. En su estado actual podemos diferenciar en el complejo arqueológico de Vertavillo tres sectores (Fig. 2).

Una primera zona se encuentra al norte del pueblo, en los pagos de Las Lindes, El Cenizar, Eras de Arriba, Depósito del Agua, Las Chozas y Uso la Cueva, lugares donde es posible comprobar la existencia de amplias zonas de cenizales y de poblado en una extensión que abarca en torno a las 20 ha. Más al norte, en los términos de Camino de Castrillo y El Cenizar, así como en las laderas de Las Lindes, se detectan, ligeramente separadas de los conjuntos anteriores, manchas cenicientas con abundante material cerámico que, en conjunto, ocupan unas 7 ha. Su naturaleza parece responder a los característicos cenizales habituales en los yacimientos de época celtibérica, que sirvieron como áreas

de vertido de residuos procedentes del poblado; sin embargo no descartamos que algunos de estos manchones pudieran haberse usado como necrópolis.

El sector oriental del yacimiento se asienta en la línea de altura media que, partiendo de la ladera en la que se instala el depósito de agua conecta la plataforma del pueblo actual con otra de similares características ubicada al este; se corresponde con el Barrio de Las Chozas, las laderas de El Pico de la Paloma y los pagos de Solanas, La Parva y Sto. Cristo. En estos términos, a veces muy rodados, se encuentran abundantes fragmentos de cerámica de tipo celtibérico, con característicos semicírculos concéntricos y líneas onduladas pintadas en tonos negros o morados. En la lengua de páramo que se eleva sobre la ermita del Cristo del Consuelo pudiera haberse instalado un nuevo sector del poblado, puesto que aquí vuelven a ser frecuentes los adobes y las piedras calizas. La extensión de esta nueva área de poblamiento estaría en torno a las 11 ha.

El sector meridional orográficamente se corresponde con una zona de cuesta y de pie de cuesta que llega a alcanzar 4 ha de extensión. Nos referimos a la ladera que en esta dirección baja desde el actual núcleo urbano hasta la Ermita del Sto. Cristo del Consuelo y Los Lavaderos y que comprende los términos de Los Aledaños, El Cementerio Viejo y El Santo Cristo. En todo este sector, ocupado por eras y arreañales⁴, se observa nuevamente la presencia de cerámica celtibérica que podría responder a la existencia de cenizales o, incluso, a nuevas áreas de enterramiento.

Menos perceptible es la continuidad del yacimiento por el suroeste del pueblo, donde el desnivel respecto a la plataforma residual del núcleo urbano es más acusado. A pesar de ello, no dejan de aparecer en las cuestas más meridionales algunos materiales cerámicos que también podrían pertenecer a la ocupación de la segunda Edad del Hierro, aunque no descartamos que tales restos puedan haber sido arrastrados desde la parte alta. También al pie del cerro, entre Los Palomares y Las Pozas, se ubica un nuevo cenizal o posible necrópolis con abundantes restos cerámicos.

En definitiva, podemos decir que nos encontramos ante un amplísimo yacimiento cuyos restos se extienden por casi 60 ha de terreno en torno al pueblo actual. Tan desmesurada extensión ha de verse, sin embargo, matizada por la inclusión en el mismo de los grandes cenizales al norte del poblado y otros más pequeños al oeste y al sur, así como de áreas de arrastre de materiales en

⁴ Los arreañales son pequeñas fincas aterrazadas en las laderas, de escasa productividad, que en la actualidad se encuentran en su mayoría abandonadas por las dificultades que entraña su explotación. Añojales.

las laderas. Pese a ello, y basándonos en las apreciaciones superficiales anteriormente descritas y en las dimensiones de las plataformas superiores, creemos que el espacio habitacional abarcaría entre 25 y 30 ha, una superficie que nos permite incluir a Vertavillo entre los grandes centros vacceos de la región.

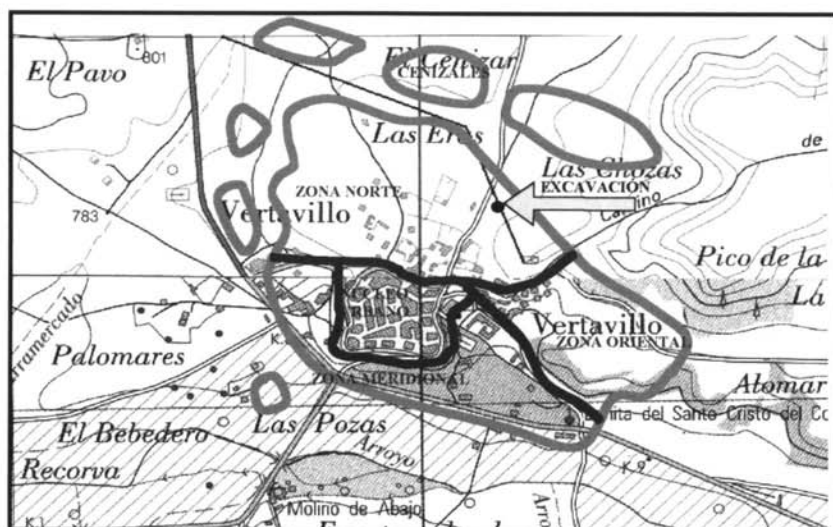


FIGURA 2:

Delimitación del yacimiento arqueológico de Vertavillo, diferenciación de áreas y señalización del lugar de la intervención y del trazado de la acometida de agua (línea negra).

La Intervención Arqueológica

La ubicación del área de excavación viene condicionada por el trazado de la zanja destinada a albergar la acometida de agua prevista. En la primera fase se abrieron doce sondeos a lo largo de los últimos 280 m de la línea proyectada, afectando éstos a los pagos de Las Eras de Arriba y Las Chozas, a la izquierda y a la derecha respectivamente del Camino bajo de Vertavillo a Castrillo de Onie-lo, en las primeras parcelas de labor una vez superadas las eras, al norte del case-río. De todos los sondeos efectuados fueron el 3 y el 4 los que mostraron restos arquitectónicos de cierta envergadura y los que hicieron necesaria una segunda fase de excavación en la que poder registrar todas las evidencias que allí aflora-ban. Estas dos catas se localizan a la derecha y al este del mencionado camino, en el pago de Las Chozas (Fig. 2 y 3), en la parte baja de una amplia ladera que

alberga en su cima el depósito de agua y que desciende suavemente hasta las eras del pueblo con un desnivel en torno a los 15 m⁵.

Nos encontramos, por lo tanto, en un sector de altura media dentro de la línea de páramos calcáreos que domina el paisaje, en torno a los 816/817 m.s.n.m, allí donde las lenguas o plataformas estructurales recortadas por la vega de los arroyos de los Madrazos y Maderano entran en contacto con la línea superior de la paramera.

El área de excavación se configura como una zanja alargada de 36 m de longitud por 4 m de anchura (Fig. 3.2). Su orientación sigue el trazado de la zanja prevista, que se desvía 23° hacia el oeste del eje norte/sur, y su extremo norte se separa 20,40 m del camino siguiendo la línea de la acometida⁶.

Antes de centrarnos en la excavación de las estructuras aparecidas en las unidades de excavación 3 y 4, hemos de relatar, aunque sea brevemente, los resultados de los otros 10 sondeos abiertos en la primera fase de la intervención.

Los Sondeos Previos (Abril, 1999)

De las doce exploraciones (Fig. 3.1) cinco resultaron totalmente estériles (sondeos 8, 9, 10, 11 y 12), puesto que bajo una estrecha capa de tierra vegetal alterada por el arado afloraba el substrato geológico, bien directamente la roca caliza, bien las gredas blancas que a veces se disponen por encima de aquella, sin que mediara entre ellos ningún nivel de ocupación. Por otra

⁵ En concreto, el nuevo área de excavación se encuentra al sureste de la parcela de labor nº 23 del Polígono 5 de Concentración Parcelaria.

⁶ Esta área de excavación resulta de la unión de los sondeos 3 y 4 y de la prolongación de éste hasta el 5. La superficie fue dividida en dos Unidades de Excavación; así la U. Exc. 3, dentro de la cual se incluye el Sondeo 3, abarca una superficie de 16 m de largo por 4 m de ancho, y la U. Exc. 4, que integra el Sondeo 4, una extensión de 20 m de largo por otros 4 m de ancho. A parte de esta primera diferenciación cada una de las unidades de excavación ha sido dividida en cuadrículas de 4 por 4 m, resultando en total 9 de estas subunidades denominadas de norte a sur 3A, 3B, 3C, 3D, 4A, 4B, 4C, 4D y 4E. Con tal procedimiento procuramos un registro planimétrico más detallado y una documentación más ordenada de las evidencias. El sistema de registro utilizado fue el que viene siendo habitual en estos trabajos, basado en el *Método Harris* de excavación, en la definición de Unidades Estratigráficas y en el análisis de sus relaciones físicas. Las referencias a las profundidades se hicieron a partir de un Punto Cero situado en el límite entre las parcelas 23 y 2. Para una información más detallada sobre el método de registro o para la consulta de las fichas de UU.EE, tanto de la primera fase como de la segunda, remitimos a los dos Informes Técnicos depositados en el Servicio Territorial de Cultura de Palencia: Abarquero, Palomino y Blanco, 1999 y Abarquero y Palomino, 1999.

parte, el Sondeo 1 no proporcionó más que niveles de vertidos o arrastres en los cuales, sin embargo, sí comparecía la cerámica de tipo celtibérico. En el Sondeo 2, de mayor desarrollo estratigráfico, se reconocía bajo el nivel de arada un sedimento oscuro que proporcionaba algunos restos de adobes y unas pocas cerámicas de tipología celtibérica. El Sondeo 5 presentaba similares características, con un potente estrato de echadizos oscuros, manchados por tramos de tonalidades anaranjadas causadas por la descomposición de adobes arrastrados y alguna muestra de cerámica de la misma tipología. En el caso del Sondeo 6 distinguimos este mismo nivel de sedimentación con abundante componente orgánico; sin embargo aquí localizamos, bajo el mismo y en una esquina de la cata, un conjunto de pequeñas piedras calizas dispuestas en horizontal a modo de empedrado. Por otra parte, sobre el substrato geológico fue hallada un hacha de hierro en muy buen estado de conservación. Por lo que se refiere al Sondeo 7, sus resultados fueron igualmente pobres, muy similares a los anteriores, con un nivel de arada que cubre un amplio paquete de arrastres de coloración oscura con algunos restos cerámicos.

En cuanto al Sondeo 3, sólo fue excavado parcialmente hasta localizar una serie de estructuras constructivas: una alineación de piedras calizas de gran tamaño, un muro de adobe y una serie de sedimentos situados entre ambas. En el caso del Sondeo 4 se reconocieron un nivel de derrumbe y un suelo de arcilla.

2ª Fase: Excavación (Julio-Agosto, 1999)

Una vez trazada la zanja que incluía los viejos Sondeos 3, 4 y 5, procedimos a retirar el nivel superficial alterado por la acción del arado, de unos 20 cm de potencia, en el cual se incluían, además de cerámica celtibérica y algún resto de adobe, elementos de cultura material de época medieval y moderna: cerámicas engobadas de "tipo Duque de la Victoria" y ejemplares vidriados talaveranos. Bajo esta capa se detectan las más superficiales evidencias de la ocupación vaccea. Por un lado aparecen los primeros restos arquitectónicos y derrumbes, y por otro varios niveles de sedimentación de arrastres naturales acontecidos después del abandono del poblado. A partir de este punto pudimos distinguir de forma bastante clara la existencia de al menos tres ambientes domésticos a lo largo de toda la zanja. El primero de ellos (*Vivienda 1*) se sitúa en las cuadrículas 3A, 3B y 3C; el segundo (*Vivienda 2*) abarca desde el norte de la cuadrícula 3D hasta la 4C, y el tercero (*Vivienda 3*) se reconoce al norte de la cuadrícula 4D y en la 4E. Entre ellos, es decir, al norte

y al sur de la Vivienda 2, se documentan dos espacios interdomésticos con ausencia de estructuras positivas, mientras que al norte de la Vivienda 1 se puede reconocer un espacio exterior de uso público (Fig. 3.2).

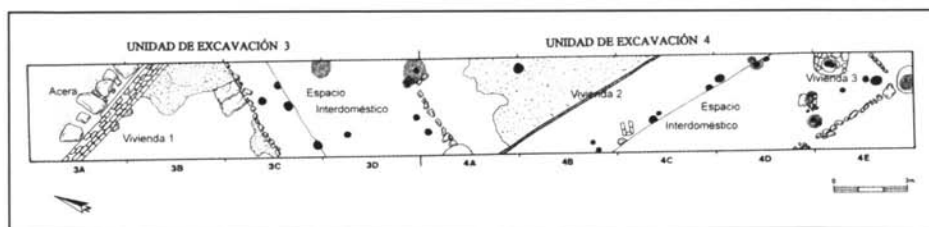
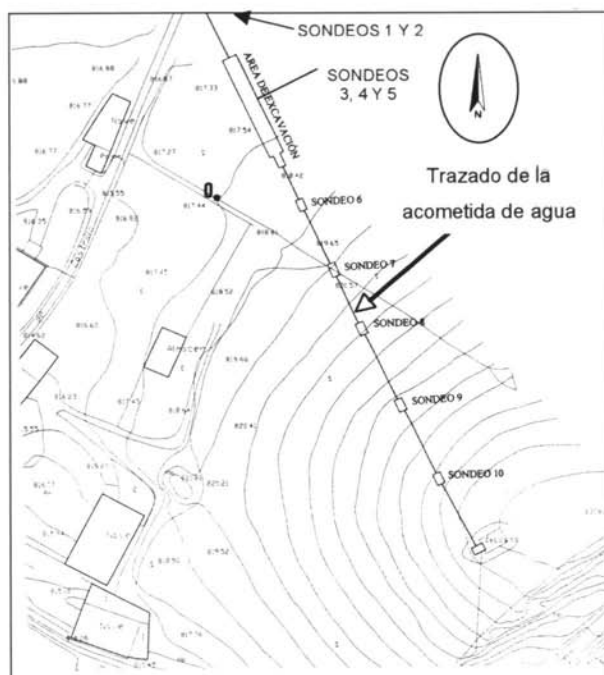


FIGURA 3:

1. Trazado de la zanja de acometida de agua a su paso por el pago de Las Chozas y ubicación del Área de Excavación y de los Sondeos;
2. Croquis de las estructuras exhumadas en el Área de Excavación.

Para una mejor comprensión de las evidencias arqueológicas se describen aquí siguiendo los conjuntos claramente relacionados estratigráficamente.

El Primer Conjunto Estructural se localiza en la Unidad de Excavación 3 y está compuesto por los restos constructivos de una casa (*Vivienda 1*) y por los espacios situados a ambos lados de la misma: un ambiente público al norte y otro privado al este/sureste (Fig. 4).

Bajo la tierra removida por el arado se reconoce aquí un nivel de sedimentación natural, interrumpido únicamente en parte de las cuadrículas 3A y 3B donde afloran las estructuras positivas, que muestra una potencia desigual en función de los elementos que cubre, entre 10 y 30 cm, y una tonalidad más o menos oscura conforme a la cantidad de materia orgánica que incluye. En el mismo comparecen algunos trozos de adobes y tapias, así como pequeñas piedras calizas y una buena cantidad de restos materiales cerámicos y óseos, y ha sido interpretado como el resultado de los arrastres naturales acontecidos después del abandono del poblado, es decir, un sedimento de formación prolongada con los restos alterados y desplazados de la ocupación de época celtibérica.

Al levantar este nivel quedan al descubierto los restos arquitectónicos pertenecientes al primer ambiente doméstico (*Vivienda 1*) (Fig. 4:1). La primera estructura en aparecer es un muro orientado de oeste a este que atraviesa el área de excavación y que se corresponde con el lienzo norte de la vivienda. Pese a su deterioro se pueden reconocer una pared compuesta por cuatro hileras de adobes dispuestos a soga que conserva dos hiladas al este y sólo una al oeste, y que tiene una longitud de 5 m, una anchura de 50 cm y una altura entre 12 y 20 cm. Los adobes están rubefactados y ennegrecidos al interior y muestran una extremada dureza y compacidad por haber sido sometidos a un intenso calor. Están fabricados con barro y paja, presentan huellas digitales y se unen entre sí con argamasa de barro. En cuanto a su métrica, responden a dos moldes distintos: uno de ellos con unas medidas de 32 x 13/12 x 13/12 cm y el otro de 20 x 13 x 11 cm.

Este lienzo vestía en su lateral sur, al interior de la estructura, un enlucido de barro más fino del cual sólo quedan algunos retazos y que en un tramo ha conservado también parte del enjalbegado de color blanco. El rasgo más peculiar de este muro es la ausencia de un cimientado de piedra al uso; en su lugar hemos detectado un soporte formado por un echadizo de mortero de cal, arcilla y cantillo dispuesto sobre una capa de cenizas. Se trata de un peculiar

basamento, de extrema dureza, que incluye pellas de barro blanco completamente vitrificadas y restos cerámicos quemados. En su elaboración parece haber jugado un papel protagonista el fuego, como si el mortero se hubiera depositado sobre un lecho de ascuas incandescentes cuyo calor provocó la fusión de los elementos integrados en la argamasa y, por lo tanto, una mejor compactación de los mismos. Por otra parte, las cenizas de la combustión pueden actuar como aislante para el muro, ya que en otras ocasiones se ha documentado su utilización por debajo de suelos de arcilla (Centeno *et alii*, 2003: 77).

Frente al muro descrito, en dirección sur y mostrando una disposición pseudoperpendicular (nordeste/suroeste), se localiza un nuevo cimiento, esta vez de piedras calizas, cubierto por un derrumbe de adobes. Este último, producto del desplome de la pared, está formado por trozos de adobes y tapiales, así como por restos de revestimientos de arcilla más fina, a veces enjalbegada con tonos blancos (Fig. 4:1). Este apoyo se muestra como un elemento de escasa prestancia, conformado por una hilera simple de piedras calizas de tendencia plana, muy irregulares, algunas más grandes y otras de menores dimensiones situadas entre las anteriores y dispuestas en una sola hilada. Su longitud dentro del área de excavación es de 4,50 m, su anchura no supera los 40 cm y los mampuestos de mayor tamaño alcanzan los 18 cm de altura (Fig. 4:2).

Entre ambas estructuras murales se delimita un espacio trapezoidal (puesto que no se ha localizado la esquina de la vivienda, que quedaría al nordeste del área de excavación) donde, por debajo de los niveles superficiales y de arrastre, se ha documentado parte del derrumbe de adobes perteneciente al muro norte y los restos del pavimento con el que contó la estancia. Este suelo se conserva de forma desigual en el sector este y norte del área de excavación y está compuesto por una capa inferior de arcilla, a veces asentada sobre una cama de cantillos de caliza, y una placa superior de mayor consistencia. Esta última, de la que sólo quedan algunos retazos pegados al muro norte, es un recubrimiento de barro muy fino, compactado con caliches, endurecido y cuarteado por acción del fuego y con una coloración gris-anaranjada. Formando parte del mismo piso se encontraban dos grandes lajas de caliza con unas dimensiones de 1 m de largo por 60 cm de ancho cada una, que se hallaron dispuestas de forma perpendicular al cimiento oriental y que podrían ser interpretadas como un refuerzo de la zona de acceso a la estancia principal de la vivienda. Estas losas muestran una coloración grisácea y una superficie exfoliada y cuarteada, posiblemente por efecto del incendio que parece sufrió toda la estructura (Fig. 4:2).

Las consecuencias de tal acontecimiento se revelan de forma diáfana al sureste del cimiento oriental y bajo el derrumbe del mismo, donde aparece un nivel de incendio caracterizado por una intensa coloración oscura en el que quedan aún restos de adobes y tapias quemados, carbones y cenizas. Tiene una potencia entre 7 y 11 cm y se asienta sobre un nuevo nivel de unos 13 cm de potencia y compuesto por arcillas blanquecinas manchadas de ceniza. Este último estrato, que como el anterior tiene una anchura de 2 m y una longitud dentro del área excavada de 4,50 m, se corresponde con el suelo de lo que pudo ser un cobertizo o estancia aledaña a la habitación principal, puesto que se delimita hacia el sureste por una serie de hoyos que por su relleno y sus dimensiones podrían interpretarse como la base de postes o pies derechos que sujetaran una techumbre de madera y elementos vegetales (Figs. 3:2 y 3). Por otra parte, la presencia en este espacio de un buen número de elementos cerámicos y óseos nos indica la probable finalidad de esta estancia como despensa, así como que su destrucción tuvo lugar en un momento en el que aquella se encontraba en uso. Tales circunstancias obligan a pensar, por último, que aquel suceso tuvo un carácter violento y que ocurrió mientras el poblado se encontraba en pleno funcionamiento.

La Vivienda 1 queda configurada, por lo tanto, como una construcción que cuenta con una estancia principal de grandes dimensiones (como mínimo los dos muros detectados tendrían 7 y 6 m de longitud) y forma ortogonal (no sabemos si cuadrada o rectangular puesto que no hemos localizado las esquinas de la misma), delimitada por muros de adobe y solada por un piso de arcilla, y con una estancia aledaña, cobertizo o despensa, situada al sur/sureste de la anterior, que tiene una anchura aproximada de 2 m y que se ve acotada por las huellas de los postes que sujetarían la cubierta. La pared exterior de esta segunda habitación, ante la ausencia tanto de cimiento como de derrumbe, intuimos que pudiera ser de ramajes o, incluso, que permaneciera abierta entre los distintos soportes de madera.

Al norte de la Vivienda 1 se reconocen otras dos estructuras de cierta complejidad que no forman parte de la misma, sino que parecen corresponder a elementos exteriores de uso público. Paralela al muro norte de la casa, con su misma orientación este/oeste y separada de aquel entre 10 y 40 cm, discurre una alineación de grandes piedras calizas que se continúa más allá del área excavada en ambas direcciones. Consta de seis grandes bloques cuyas dimensiones oscilan entre los 100 x 65 x 22 cm y los 60 x 55 x 10 cm, y otros mampuestos más pequeños que se instalan entre los anteriores (Fig. 4). Al oeste la

alineación se ve interrumpida por una fosa, sin duda abierta para extraer una de las piedras, y desplazada hacia el norte se encuentra otra gran losa caliza que podría haber pertenecido a la misma alineación. Tan llamativa estructura ha sido interpretada como un espacio exterior de uso público, una calle o, más concretamente, una acera destinada a facilitar el tránsito de los peatones sobre todo en los días de lluvia. No se ha detectado, sin embargo, ningún elemento al norte de esta plataforma que nos haga sospechar la existencia de un preparado de calle, ni al mismo nivel ni a otro inferior.

No nos atrevemos a plantear para esta evidencia su interpretación como base de una muralla o muro de defensa, y no porque a la misma se adose la propia vivienda, una circunstancia que no es inusual, sino porque en primer lugar carece por completo del derrumbe de su hipotético alzado, el cual sería lógico encontrar en un poblado que al parecer acabó sus días con un potente incendio, y en segundo lugar porque dada su orientación, el posible lienzo se dirigiría hacia el centro del poblado en vez de rodearlo. Pese a ello, no queremos dejar zanjada esta cuestión en previsión de la excavación de otros puntos de esta alineación de piedras, ya que su trazado es visible en la fotografía aérea.

Más curiosa aún resulta la estructura localizada entre la Vivienda 1 y la mencionada acera o calle. Se trata de una pequeña canaleta que muestra una disposición alargada paralela al muro norte de la casa. Tiene una anchura de 20 cm, una longitud aproximada de 2,50 m, una profundidad de unos 12 cm y aparece revestida por una fina capa de arcilla compactada y endurecida de similar composición que el suelo del interior de la vivienda. Su misión sería la de recibir las aguas de la techumbre de la Vivienda 1 y evitar que se dispersaran por la acera de piedras (Fig. 4:3). El deterioro de este conducto hacia el oeste y su continuidad bajo el perfil nordeste nos impiden saber hacia donde se vertían las aguas recogidas.

Para terminar con este primer conjunto hemos de mencionar la existencia, al sur/sureste del cobertizo de madera de la Vivienda 1 y directamente bajo el nivel de arrastre superficial, de un amplio espacio -en torno a los 4 m de ancho- donde están ausentes las estructuras positivas y en el que comparece un nivel de tierra de coloración gris que pudiera responder a un suelo de ocupación de escasa actividad y de prolongada formación. En el mismo se excavaron dos hoyos: uno de grandes dimensiones y pegado al perfil nordeste y otro más pequeño, cuyos contenidos -restos óseos variados y cerámica muy fragmentada- parecen indicar que se trata de auténticos basureros. A nuestro entender, nos encontramos ante un espacio interdoméstico, aunque vinculado

a la Vivienda 1 puesto que al mismo se abriría la estancia-cobertizo de aquella. Podría tratarse de una suerte de “corral” entre la citada casa y su vecina, la Vivienda 2, en el que además se excavan hoyos basureros para eliminar los desperdicios domésticos más inmediatos (Fig. 4:3).

Con estos elementos quedaría ultimada la descripción del primer conjunto de evidencias si no fuera por la documentación, bajo el suelo de la Vivienda 1 y de la acera de piedras, de nuevas estructuras que nos hablan de la existencia de una fase previa, aunque perteneciente también a la ocupación vaccea del poblado.

Bajo un echadizo de nivelación, destinado a regularizar el terreno a la hora de construir la calle y la Vivienda 1, localizamos los restos de un viejo suelo conservado sólo en pequeños retazos. Su excavación nos ha permitido comprobar que estaba formado por un preparado de cantos calizos de pequeño tamaño sobre el que se instaló una capa de arcilla anaranjada depurada que se remata en superficie por una placa de barro compactado y endurecido con unas características muy similares al registrado en el interior de la Vivienda 1, aunque en este caso sin tan claros signos de fuego. Se encuentra muy deteriorado y carece de un contorno preciso a través del cual podemos adivinar sus límites reales; pese a ello podemos aventurar que nos encontramos ante el pavimento de una vieja casa del poblado vacceo dentro de un espacio posteriormente remodelado (Fig. 4:3).

Por otra parte, bajo el piso de la estancia principal de la Vivienda 1 encontramos nuevos niveles de tierra de distinta naturaleza que creemos son también echadizos de regularización del terreno previos a la instalación de la estructura. Bajo ellos, y excavados directamente sobre el substrato geológico, se detectan varios hoyos de distintos tamaños y contenido variado. Junto al perfil suroeste de la cuadrícula 3A se reconocen hasta cinco de estas estructuras, interpretadas de forma genérica como basureros. Por su parte, en la cuadrícula 3B se hallaron un gran pozo de unos 3 m de diámetro en la boca y 1 m en el fondo, perfil troncocónico y una profundidad máxima de 1,15 m, y seis pequeños hoyos de perfil cilíndrico o cóncavo, con diámetros que oscilan entre 24 y 48 cm y una profundidad entre 11 y 59 cm. No resulta fácil interpretar este último conjunto de estructuras negativas, puesto que su relleno era similar al sedimento de nivelación registrado bajo toda la vivienda; pero teniendo en cuenta la posibilidad de que el mayor de los pozos fuera un gran silo, casi un sótano, podríamos imaginar que los demás tuvieran que ver con la instalación de una empalizada de postes destinada a soportar una cubierta para proteger la estructura de almacenamiento. De ser así, todos los pozos se encon-

triarían vaciados antes de su amortización, puesto que en su interior no quedan evidencias de esa supuesta funcionalidad (Fig. 4:4).

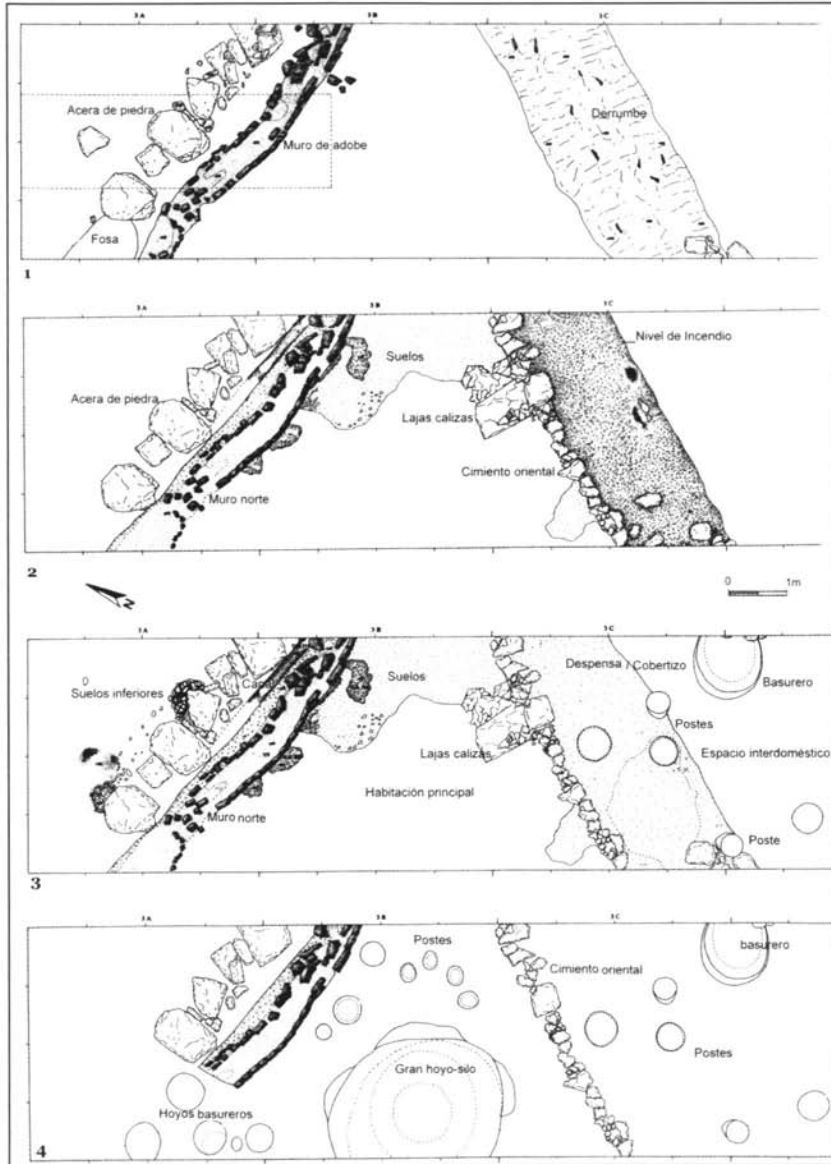


Fig. 4.- Fases de excavación del Conjunto Estructural I.

Al este de la Vivienda 1, y separados de ella por el espacio interdoméstico descrito, se encuentran los restos de lo que hemos denominado *Segundo Conjunto Estructural* (Fig. 5), identificado fundamentalmente por la Vivienda 2. Este nuevo espacio habitacional, con sus derrumbes y su estancia asociada, ocupa fundamentalmente las cuadrículas 4A, 4B y 4C y, como en el caso anterior, no ha sido documentado por completo, puesto que se continúa fuera del área de excavación, sobre todo más allá del perfil nordeste.

Bajo el nivel de arada localizamos un estrato de gran desarrollo espacial, entre 5 y 20 cm de potencia, cuya formación responde, sin ninguna duda, al derrumbe de estructuras murales fabricadas con adobes y tapiales (Fig. 5:1). Los primeros muestran, como en la Vivienda 1, huellas digitales sobre su cara superior, revestimientos de arcilla con restos de enjalbegado y pintura y, en un caso al menos, las huellas en resalte de la caja en la que fueron confeccionados. Estas parecen responder la mayoría de las veces a unas medidas de 15/16 cm de longitud, 13/14 cm de anchura y 9/10 cm de grosor; aunque se cuentan algunas piezas de tendencia más prismática, con 11 cm de ancho por 11 cm de grosor. Por su parte, los tapiales -más correctamente trozos de barro compactado que no constituyen piezas de construcción por sí solos-, ofrecen las huellas curvas o formando ángulo de los troncos o tablas a los que estuvieron adheridos, así como otras más estrechas de cañizos y ramajes. En todo el derrumbe y mezcladas con estos materiales constructivos encontramos bolsadas de cenizas y pequeños trozos de carbones, aunque no se identifica claramente ningún poste o viga que pudiera reforzar la pared o pertenecer al entramado de la techumbre. En su seno se cobja, como era de esperar, una buena proporción de objetos arqueológicos, sobre todo cerámicos, destacando entre ellos las vasijas de almacenamiento, especialmente en el espacio más meridional. Junto a estos recipientes no faltan tampoco algunos elementos metálicos en los que nos entretendremos a la hora de analizar los materiales, baste ahora apuntar que no son infrecuentes los clavos de hierro, posiblemente destinados a sujetar anaqueles de madera sobre la pared.

Una vez levantado este sedimento se manifestó de forma clara la planta de la llamada Vivienda 2 (Fig. 5:2). Esta se encontraba delimitada al oeste por un cimiento formado por una hilera de nueve piedras calizas irregulares y de tendencia plana, aunque careadas hacia el este (hacia el interior de la vivienda), de mediano tamaño (en torno a 50 cm de largo, por 25 cm de ancho, por 20 cm de altura), que muestran una disposición de tendencia norte/sur (noreste/suroeste más bien), ligeramente en diagonal al área de excavación entre las cuadrículas 4A y 4B. Parece que nos encontramos ante la base de la pared occidental

de esta segunda vivienda, completamente arrasada no sólo por la destrucción acontecida en época vaccea, sino también por los procesos erosivos y de arras-tre posteriores.

Este basamento se asienta sobre niveles prácticamente estériles y se halla acompañado por una serie de hoyos, algunos de los cuales muestran una complicada relación estratigráfica entre sí. Dos de ellos parecen ser la base de sendos postes de madera, puesto que ambos muestran un diámetro similar -en torno a los 30/35 cm-, una profundidad no muy dispar -64 y 49 cm respectivamente- y se encuentran separados por la misma distancia del basamento de piedras, en torno a 20/25 cm, razón esta última por la que creemos que pudieron servir para soportar un alero de la techumbre de la Vivienda 2, descargando así los empujes ejercidos por la cubierta, aligerando el peso soportado por la pared y protegiéndola al mismo tiempo de los agentes atmosféricos. En el extremo noreste del cimiento encontramos dos piedras de rasgos similares a las utilizadas en aquel pero ligeramente desplazadas de la alineación, y bajo ellas tres hoyos superpuestos. El primero podría ser resultado de una remodelación tardía del muro, el segundo, que queda fuera de la línea de la pared, ha sido interpretado como un basurero, mientras que el más antiguo se mostró al ser excavado como un hoyo de poste alineado con el cimiento de piedras calizas. Este último contaba en la zona central con la huella de un madero de unos 35 cm de diámetro, con restos carbonizados del mismo y trozos de adobe y pequeñas piedras que lo calzaban. Sin embargo, alrededor del mismo el hoyo ampliaba hasta casi un metro su diámetro, un espacio que se veía relleno por una masa arcillosa blanca con alguna pella de tapial y pequeños carbones. En este caso, que no es el único en la actual intervención, consideramos que se abrió un gran seno y, una vez instalado el poste -que formaría parte del muro de la Vivienda 2- éste fue apuntalado con greda hasta colmatar todo el hueco.

Por último, junto al perfil suroeste el muro occidental de la vivienda se ve interrumpido por un nuevo hoyo que muestra un relleno de greda de similares características a las descritas para la fosa anterior, por lo que podría tener la misma interpretación. A pesar de ello no podemos descartar la posibilidad de que se trate de un hecho posterior que perjudique al muro de la vivienda. Su ubicación extrema impide una interpretación más precisa.

Mostrando una disposición perpendicular al cimiento de piedras descrito y diagonal al área de excavación, y con una orientación de tendencia aproximadamente este/oeste, localizamos bajo el derrumbe el arranque de una pared de tapial. Esta nueva estructura forma una perfecta escuadra con el cimiento anterior, y entre ambas delimitan una estancia previsiblemente cua-

drangular -la principal de la Vivienda 2- de la que, sin embargo, no contamos con ninguna de las esquinas. El tabique descrito en último lugar, que delimita la mencionada habitación por el sur, tiene una longitud que alcanza los 7 m y se continúa fuera del área de excavación por ambos perfiles. Su anchura es de apenas 20 cm, conserva una altura entre 9 y 21 cm y muestra una clarísima inclinación hacia el sur, es decir, hacia el exterior de la estancia. Está construido mediante la técnica del tapial, un sistema de encofrado del barro del cual quedan evidencias en las improntas dejadas por las tablas utilizadas para su confección en ambas superficies, y en los restos in situ de varios tramos de esa madera hallados a lo largo de la cara interna de toda la base del muro, los cuales quedaron ocultos bajo el suelo de la habitación. Por otra parte, en la cara exterior de la pared se ha mantenido parte del enlucido, elaborado éste mediante una capa de fina arcilla blanquecina, con un grosor entre 5 y 3 mm y que en ocasiones ofrece un acabado con pintura en blanco u ocre amarillento.

Este tabique se dispone sobre un cimiento discontinuo de piedras calizas que muestra unas cotas de profundidad sensiblemente similares a las del muro occidental de la estancia. Los mampuestos son de tendencia plana, levantando sólo entre 4 y 8 cm, se disponen en una sola hilera y en una sola hilada, con una anchura máxima de 34 cm. Su longitud total es de 6,50 cm, aunque se continúa al menos por debajo del perfil nordeste (Fig. 5:3).

Entre ambos muros y bajo el derrumbe se delimita, con mayor o menor éxito según las zonas, un auténtico suelo de arcilla compactada. Se trata de una placa de barro endurecido, de tendencia horizontal pero muy alterado, con altibajos y zonas perdidas, que se desarrolla por las cuadrículas 4 A, 4 B y parte de la 4 C, definiendo el interior de la denominada Vivienda 2. Dibuja una superficie triangular que se continúa por debajo del perfil nordeste del área excavada, habiéndose documentado una extensión de unos 8 m². Tiene una potencia entre 1 y 3 cm y una coloración anaranjada en la parte inferior y gris en la superior, con tramos de coloración más marrón. El pavimento está cuarteado y cocido por la acción del fuego y se asienta sobre un preparado de arcilla y caliza machacada, de extrema dureza, que ha adquirido en ocasiones una tonalidad rojiza por efecto del calor. Como hemos dicho, está delimitado al sur por el arranque de la pared de tapial, sobre la que esta capa de arcilla monta ligeramente en los tramos mejor conservados, y se pierde hacia el norte y hacia el oeste, donde sólo se han conservado algunos retazos.

Antes de la instalación definitiva de este suelo, aproximadamente en lo que suponemos debe ser el centro de la habitación, se abrió un hoyo de boca circular de 80 cm de diámetro y 91 cm de profundidad que presenta en sus

paredes un grueso revestimiento de greda y piedras calizas y que debió servir de granero, pese a que en el momento de la excavación había sido amortizado con escombros y basura. La peculiaridad de este silo estriba en que, mientras el revoco de las paredes se encuentra cubierto por el suelo de arcilla, no ocurre lo mismo con el espacio central, hecho que nos hace pensar que se trata de una estructura en uso a la vez que el mencionado pavimento.

Bajo este último, y dentro de lo que consideramos la estancia principal, se documenta un nivel de echadizo formado por materiales constructivos (adobe y tapial) muy deteriorados y descompuestos. Esta unidad cubre, por su parte, a un nuevo suelo de arcilla de material y técnica en todo similar al superior, que se encuentra muy deteriorado y sólo se registra a retazos entre los dos muros y de forma más nítida pegado al cimiento occidental, sobre el que monta ligeramente. A este primitivo pavimento -que se asienta sobre un nuevo echadizo de tierra prácticamente estéril, con abundantes piedras calizas de pequeño y mediano tamaño relleno de desniveles y suaves vaguadas del substrato geológico- se asocia un auténtico hoyo de poste de 50 cm de diámetro y 37 cm de profundidad, que muestra en su interior una pared reforzada por pequeñas piedras calizas (Fig. 5:3).

Podemos decir, por lo tanto, que dentro de la estancia principal de la Vivienda 2 existen dos momentos distintos o, lo que es lo mismo, una remodelación del suelo más antiguo, probablemente por encontrarse muy deteriorado, mediante su nivelación y la instalación de un nuevo piso.

Al sur de esta habitación se define una nueva estancia de similares características a la registrada al este de la Vivienda 1. En este caso, y como ya apuntamos, el nuevo espacio se encuentra cubierto por el derrumbe del tabique de adobes que separa los dos ambientes. Bajo los escombros y sobre el piso de la habitación se dispone un amplio nivel de cenizas que incluye restos de madera quemada y una interesante proporción de cerámica y huesos afectados por el fuego. El suelo ofrece una superficie más o menos horizontal bajo los restos calcinados y está fabricado con una capa de tierra apisonada, con zonas en las que la presencia de arcilla y su endurecimiento por efecto del calor le proporcionan mayor consistencia. Su desarrollo se ve interrumpido hacia el sur por una línea definida por el cambio de color del terreno y, sobre todo, por toda una serie de hoyos de poste. Estos últimos muestran distinto tamaño, sección y profundidad, pero en todos restan vestigios de madera en su interior. En uno de ellos, situado al este, nuevamente documentamos la técnica consistente en abrir un hueco amplio para después apuntalar el poste con greda en su centro; otro cercano y de menor tamaño muestra un perfil oblicuo

y un refuerzo de pequeños cantos de caliza en uno de sus lados, por lo que posiblemente albergó un tirante diagonal más que un pie derecho; por último, el pequeño hoyo reconocido hacia el centro del área de excavación únicamente se entiende como complemento de su vecino, de mayor envergadura. Siguiendo la misma línea de los postes contamos hacia el perfil suroeste con una piedra caliza de mediano tamaño y superficie superior plana asentada sobre el suelo descrito que también pudiera haber servido de base a algún pie derecho. En definitiva, la estancia aledaña a la Vivienda 2, paralela a su muro meridional, se define como un corredor de unos 2 m de anchura y una longitud de al menos 7 m, cuya estructura debió ser fundamentalmente de madera, con una techumbre vegetal sujeta por una hilera de postes (Fig. 5:2). Entre los distintos maderos el espacio pudo estar abierto o protegido por un entramado de ramas y barro del que no ha quedado evidencia clara.

En el piso de este zaguán, hacia el este, se han excavado algunos hoyos de no muy grandes dimensiones, y que por lo inexpresivo de su configuración y relleno hemos interpretado como simples basureros. Hacia el oeste, cerca del límite exterior de este suelo, se encuentra otra estructura conformada por cinco adobes dispuestos en forma de cajón y con el frente abierto, en cuyo interior se localizó el fondo umbilicado de una gran vasija de cerámica. Esta última circunstancia nos ha llevado a interpretar el hallazgo como una “cantarera”, es decir, un soporte para sujetar grandes recipientes de almacenamiento. Cerca de esta última evidencia se encontraron además dos pequeños huecos o rehundimientos del suelo, en los cuales se habían instalado los fondos igualmente umbilicados de sendos grandes vasos contenedores (Fig. 5:2).

Las múltiples muestras de combustión, mucho más claras en este espacio, y la presencia de vasijas *in situ*, nos obligan a pensar en una destrucción violenta acompañada de un incendio y no en un abandono premeditado y planificado de la vivienda. Por otra parte, y en lo que se refiere a la segunda de las estancias, las evidencias arqueológicas apuntan a que se trata de un recinto secundario dentro de la casa, una especie de cobertizo o zaguán, semiabierto al espacio exterior, que funcionaría también como despensa, puesto que las estructuras y los recipientes hallados en su suelo apuntan hacia actividades relacionadas con el almacenamiento.

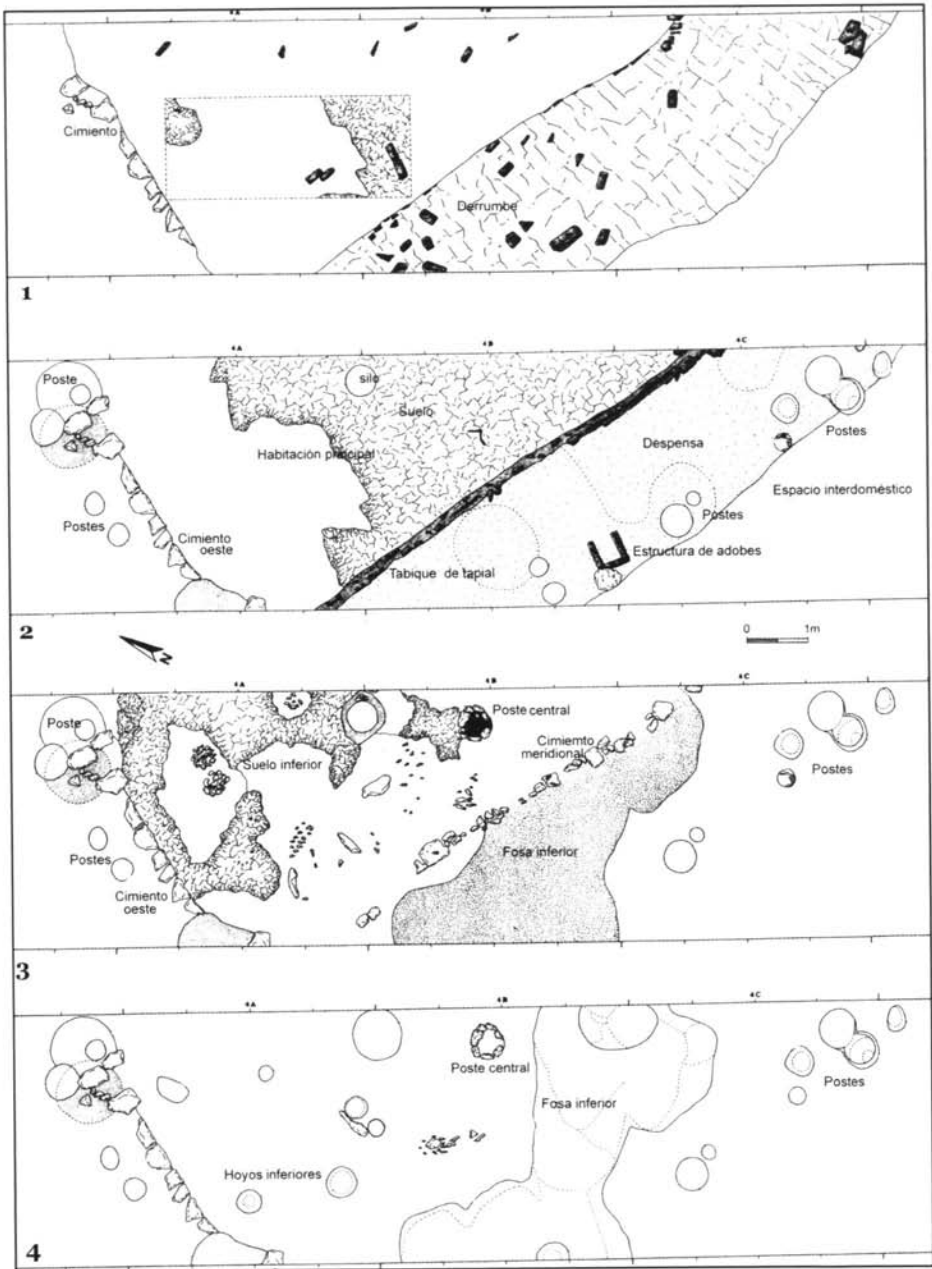


Fig. 5.- Fases de la excavación del Conjunto Estructural 2.

Al sur de la Vivienda 2, en la mitad de la cuadrícula 4C y en la 4D, se localiza un nuevo espacio interdoméstico, esta vez vacío de estructuras, donde la estratigrafía es mucho más sencilla (Fig. 5:2). Bajo el nivel de arada se reconoce un estrato de sedimentación natural similar al descrito en la Vivienda 1 y producto de los arrastres acontecidos tras la destrucción del poblado. Este aporte, que alcanza aquí una potencia entre 15 y 20 cm, cubre un sedimento estéril formado por arcillas y gredas, el cual se instala directamente sobre el substrato geológico calizo. El espacio descrito podría ser interpretado, al igual que en la Vivienda 1, como un recinto vinculado a la estructura doméstica, aunque en este caso su delimitación meridional no queda muy bien definida.

Por último, para terminar con el relato estratigráfico del sector central del área de excavación, hemos de hacer referencia a seis pequeños hoyos excavados en el substrato geológico calizo y detectados por debajo de la Vivienda 2. No parece que estén relacionados con la estructura doméstica superior, sino que, más bien, han de vincularse a una ocupación previa. La ausencia de material arqueológico significativo en sus rellenos impide, sin embargo, ensayar un estudio cronotipológico.

Igualmente perforada en el substrato geológico, al sur/sureste de estos pequeños huecos y entre las cuadrículas 4B y 4C, encontramos una gran fosa de perfil irregular y unos 45 cm de profundidad que atraviesa toda la unidad de excavación y se ensancha en ambos perfiles continuándose por debajo de los mismos, la cual puede ser descrita como un gran vertedero en el que se acumularan los desperdicios de una fase inmediatamente anterior a la construcción de la Vivienda 2 (Fig. 5:4).

El *Tercer Conjunto Estructural* se localiza en el extremo meridional del área de excavación, fundamentalmente en la cuadrícula 4E y en su unión con la 4D, y ha sido individualizado porque sus restos, identificados como los de una nueva estructura de habitación (Vivienda 3), no muestran conexión ni relación estratigráfica clara con los anteriores. Sin duda se trata de la más deteriorada y peor conservada de las tres viviendas, quizás por encontrarse a escasa profundidad, quizás por mostrar unas dimensiones más reducidas (Fig. 6). En este sector, bajo el nivel de arada y de un sedimento de arrastres naturales, aparece una serie de estructuras que configuran una estancia de tendencia cuadrangular. Sus límites vienen marcados por dos cimientos de una sola hilera de piedras calizas irregulares y de pequeño tamaño dispuestas de forma

perpendicular. El muro sur, que sólo conserva una hilada, tiene una orientación este/oeste y una longitud de algo menos de 4 m. El lienzo oriental, que se pierde bajo el perfil nordeste, cuenta en algún tramo con dos hiladas. Ambos cimientos podrían ser la base de unas paredes de tapial y adobe cuyo derrumbe habría sido desmontado en su mayor parte por la erosión y el arado. En el espacio interior, en el ángulo formado entre ambos muros, se distinguen los restos del mencionado escombro formado por piedras y algún adobe y, pegado al perfil nordeste, un hogar doméstico. Este último está delimitado por un perímetro de trozos de adobes quemados y una pestaña de arcilla rubefactada, y consta de una placa igualmente de arcilla, esta vez compactada con caliches, que duerme sobre una cama de cantos calizos de pequeño tamaño acompañados de trozos de cerámica, un canto de cuarcita y una especie de “torta” en forma de canto rodado confeccionada con barro y endurecido a causa del fuego. Bajo el derrumbe descrito en primer lugar y sobre un nivel prácticamente estéril, se excavan tres hoyos de distinta naturaleza. El más pequeño se sitúa delante del hogar y ha sido interpretado como el hueco destinado a albergar un poste. Hacia el sur, en la esquina entre los dos muros, se abren otro hoyo de unos 40 cm de diámetro y 50 cm de profundidad cuyo contenido apunta también a una finalidad similar a la anterior. El último ofrece un mayor diámetro, se encuentra relleno de arcilla y restos domésticos, y pudo haber funcionado como basurero.

No se ha documentado un suelo preparado para la vivienda, aunque el piso original debió estar directamente sobre el mencionado nivel estéril. Hacia el oeste los límites de esta estructura no quedan definidos, posiblemente porque esta zona sufrió los efectos de la erosión de una forma más intensa. Sin embargo, en esta misma dirección hemos sido capaces de distinguir una gran piedra caliza de superficie plana a la que se añade un pequeño encancho de cantos calizos, la primera de las cuales pudiera haber servido como apoyo de uno de los pies derechos que soportaran la estructura. Entre este elemento y el muro meridional se observa un gran hoyo, igualmente excavado en el sedimento inferior, cuyo contenido muestra la presencia de varios trozos de madera en disposición vertical. La excesiva anchura de este último foso debilitaría la idea de considerarlo la huella de un poste, pero es muy probable que en su interior no se instalara uno sólo de estos soportes, sino al menos dos, como parecía intuirse en la excavación de su relleno.

En el límite sureste del área de excavación -al exterior de esta vivienda, pero seguramente vinculado a la misma- hemos reconocido un hoyo-basurero de perfil cilíndrico, unos 50 cm de diámetro y 58 cm de profundidad, car-

gado de escombros (adobes partidos y piedras) y con grandes trozos de madera quemada, el cual, por otra parte, parece excavarse sobre otro de mayores dimensiones y relleno de gredas blancas cuyo significado no alcanzamos a entender, a no ser que propongamos para este caso la misma interpretación que para algunos apoyos del segundo conjunto estructural en el que la arcilla blanquecina formaba parte del refuerzo del hueco y tenía la misión de apuntalar el poste una vez instalado.

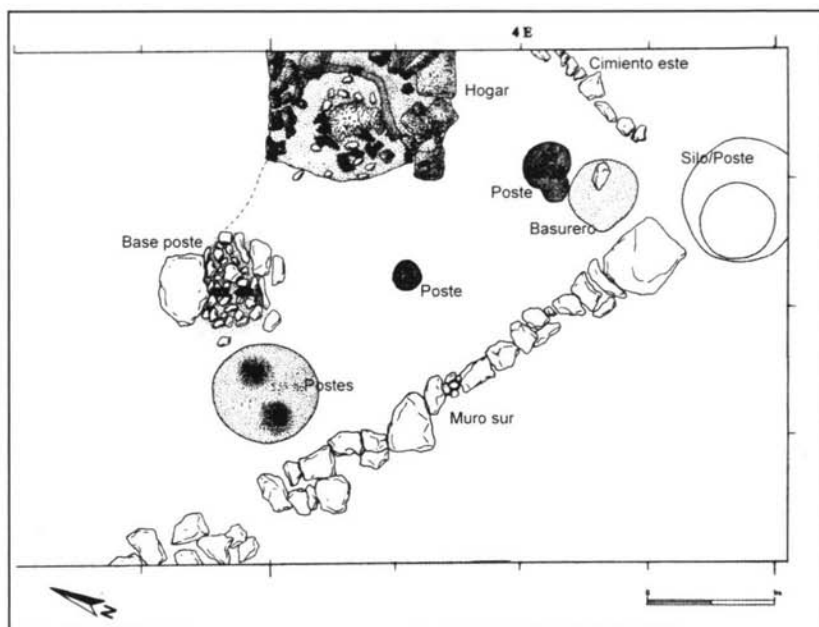


Fig. 6.- Excavación del Conjunto Estructural 3.

La secuencia estratigráfica del área excavada, por lo tanto, no plantea excesivas complicaciones, puesto que la superposición de niveles es mínima. En este sentido, y pese a la desconexión de las tres viviendas, consideramos que todas ellas, así como la acera de piedras y la canalización de la zona más septentrional, pertenecen a una misma fase constructiva, la última que vive este sector y que acabó sus días con un violento incendio. Por lo demás, sólo hemos detectado unos pocos retazos de suelos de habitación, así como varios hoyos basureros y un gran pozo, posiblemente utilizado como silo, por debajo del conjunto estructural 1, y una gran fosa rellena de desperdicios y algunos hoyos-basureros más por debajo

de la vivienda 2. Todo ello como la única huella de una fase previa de ocupación de este espacio habitacional del poblado vacceo.

Seguimiento de los Trabajos de Acometida de Agua

El último capítulo del registro arqueológico derivado de la instalación de la nueva tubería de agua, una vez finalizada la intervención descrita, fue el seguimiento visual de la apertura definitiva de la zanja en los tramos cercanos al área excavada. A su paso por el término de El Cenizar, pese a encontrarse restos de cerámica de tipo celtibérico, no ha afectado a ninguna estructura de la misma época, confirmando la idea de que en esta dirección el núcleo habitacional finaliza antes de alcanzar este pago, respondiendo los vestigios más septentrionales a áreas funcionales separadas físicamente del núcleo principal o a posibles vertederos. Por otra parte, en las zonas más cercanas a las unidades de excavación de Las Chozas, sólo podemos apuntar la existencia de dos grandes bolsas, que muestran unas dimensiones entre 3 y 5 m de longitud y una profundidad entre 60 y 70 cm localizadas al norte y al sur del Sondeo 6, las cuales proporcionaron distintos materiales cerámicos de tipología celtibérica y pueden ser interpretadas como fosas excavadas en el substrato geológico y rellenas con materiales de desecho.

Los Materiales Arqueológicos

Iniciamos en este punto el análisis de los materiales arqueológicos. La cerámica ha sido estudiada atendiendo a sus características técnicas y decorativas, aspectos ambos que nos han ayudado a establecer una fecha aproximada para los restos exhumados. Los objetos metálicos, algunos de los cuales fueron previamente consolidados por el Museo de Palencia⁷, resultan menos abundantes pero muy significativos, mientras que los utensilios en hueso son meramente testimoniales.

La Cerámica

Salvo unos pocos ejemplares engobados y esmaltados de tipología medieval y moderna entre los que se cuentan producciones de “tipo Duque de

⁷ Agradecemos aquí la amabilidad mostrada por los responsables de este centro, a su entonces director D. Mariano del Amo, a su conservador, F. Javier Pérez Rodríguez, y a su restaurador Carmelo Fernández, por su colaboración y por poner a nuestra disposición todos los medios a su alcance.

la Victoria” y de “tipo Talavera”-, procedentes todos ellos de contextos estratigráficos superiores, el resto de *la producción vascular* se engloba de forma clara en un momento pleno de la segunda Edad del Hierro del centro de la cuenca del Duero, o, si se prefiere, en la etapa clásica del mundo vacceo. Por este motivo hemos realizado primero un estudio, más estadístico que interpretativo, en el que se incluyen todas las piezas recuperadas, para con posterioridad detenernos en los conjuntos más interesantes dentro de la excavación, intentando deslindar también posibles diferencias cronológicas entre unos y otros⁸.

El número total de fragmentos cerámicos recuperados es de 5526, de los cuales 1159 (21%) forman parte de la selección inventariada y objeto de estudio⁹. En conjunto se observa un claro predominio de las producciones elaboradas a torno, que suponen el 93% del total, sobre las confeccionadas manualmente, tal sólo el 7%. Entre las primeras, por otra parte, sobresalen los ejemplares finos, comúnmente denominados de tipo celtibérico (92%), sobre los productos comunes, aquellos que Sacristán (1986) denominó de *tipo Rauda* (1%). Estos elaborados cerámicos (Gráfico 1), como es de esperar, varían de unos contextos estratigráficos a otros, pero en ningún caso las cerámicas a mano superan a las torneadas, y cuando sus porcentajes se acercan se trata de muestras muy escasas y poco diagnósticas.

En cuanto a la cocción, existe una clara diferenciación entre las hechas a mano y las cerámicas torneadas finas. En las primeras hay un destacado predominio de las atmósferas reductoras (67,2% de la muestra inventariada) frente a las oxidantes (1,9%); mientras que en las segundas la relación se invierte (22,2% reductora y 56,8% oxidante). Por su parte, las producciones a torno de tipo común acercan más sus porcentajes a la cerámica manufacturada, con un 54,9% de ejemplares reductores y tan sólo un 6,3% oxidantes, que a la cerámica torneada fina. El resto de las piezas, mixtas, quemadas o con nervio de cocción, exhiben en las tres modalidades citadas diversa representación (Gráfico 2), destacando la presencia en todos ellos de un conjunto más o menos amplio de especies afectadas por el fuego no en el proceso de elaboración sino durante su uso o en el momento del incendio que parece arrasar el poblado.

⁸ Para la definición tipológica de formas y decoraciones nos hemos basado en los trabajos sobre materiales del mundo vacceo realizados con anterioridad; fundamentalmente en las tipologías elaboradas por Sacristán (1986), Sanz Minguez (1997) y Blanco García (2003).

⁹ Como es habitual, esta selección incluye los fragmentos o las piezas que proporcionan algún tipo de información sobre la forma del recipiente o sobre su decoración.

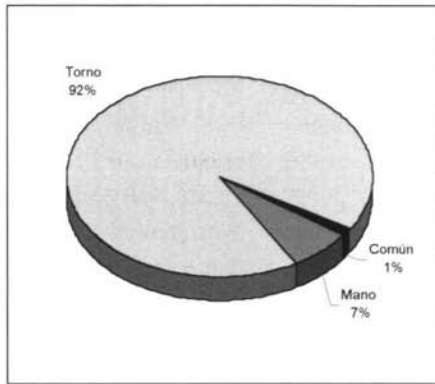


Gráfico 1: Factura cerámica

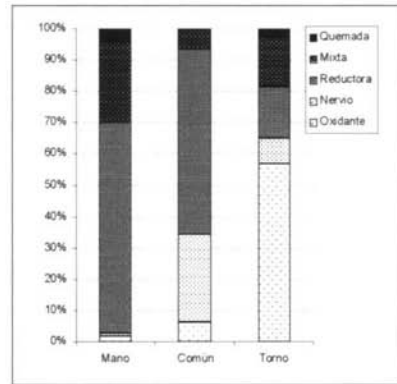


Gráfico 2: Relación Factura/Cocción

Sin duda, las causas de las diferencias mostradas en este particular hay que buscarlas en los usos a los que estuvieron destinadas; así, mientras la cerámica común torneada y la hecha a mano se utilizarían para cocinar y, por lo tanto, estarían en contacto con el fuego, la mayoría de las especies torneadas llamadas celtibéricas parecen estar destinadas al almacenamiento o a servicio de mesa.

Como hemos dicho, *la cerámica modelada manualmente* supone un pequeño porcentaje que, sin embargo, resulta ilustrativo por el reconocimiento dentro de la misma de un buen número de formas y decoraciones. Entre las primeras (Gráfico 3) destacan por su abundancia las ollas (54% de las identificadas), que muestran un cuerpo de tendencia globular o bitruncocónica con ligero estrangulamiento en el cuello, un borde bien exvasado o saliente, bien recto, y un fondo siempre plano (Fig. 7:2 y 4). Este tipo viene a ser habitual en el territorio vacceo tanto en ámbitos habitacionales como necropolitanos, tal y como demuestra su presencia por una parte en los poblados vallisoletanos de El Soto de Medinilla -en las afueras de la capital del Pisuerga- (Escudero, 1995: fig. 11:10) y de Las Quintanas en Padilla de Duero (Gómez y Sanz, 1993: fig. 6:8), o en el burgalés de Roa (Sacristán, 1986: lám. LXIII), y por otra en los cementerios de Las Ruedas, también en Padilla de Duero (Sanz, 1998: fig. 200) o de Cuéllar (Segovia). Se corresponde con la forma VI de la cerámica a mano de Sanz (1998: 226), la cual parece retrotraer su origen a estratigrafías del s. VII a.C. según indican los asentamientos de La Mota de Medina del Campo y de Cuéllar. La decoración,

como veremos, no es infrecuente en estos recipientes, donde comparecen varias técnicas decorativas (impresión, incisión, acanalados y decoración plástica) que incluso llegan a combinarse dentro del mismo vaso.

En segundo lugar destaca la presencia de vasos trípodas (Fig. 7:1 y 3), de los que hemos identificado al menos diez y siete ejemplares (32% de la muestra manual). Presentan un borde por lo general recto o ligeramente abierto, un cuerpo globular con una altura y anchura muy parecida, y tres patas trapezoidales e incurvadas hacia el interior. Sin embargo, a estas características sólo responden los dos ejemplares en los que hemos podido reconocer el perfil completo, mientras que el resto de las piezas han sido identificadas a partir de la aparición de alguno de los inconfundibles apoyos.

En cuanto a esta morfología, es muy posible que no se corresponda con un tipo específico, sino que sus patas sean sólo una característica particular o una variante de otros modelos. Los soportes trípodas son, en realidad, una solución funcional acertada para los recipientes que se destinan a la cocina, puesto que se podrían asentar de forma estable sobre las ascuas del hogar y permitirían la combustión bajo su fondo. Ello no impide, sin embargo, que estos vasos aparezcan también en el interior de las tumbas de incineración, ya sea como contenedor de las cenizas del difunto, ya sea como parte del ajuar funerario. Sacristán (1986: 195 y lám. LXI) nos dice que se trata de una forma celtibérica que no falta en ningún yacimiento de la cuenca del Duero (Padilla, Cuéllar, Roa y Numancia entre otros) y que, dada su evidente funcionalidad, no necesita de precedentes específicos para entender su aparición. La forma se encuentra presente también en el yacimiento de Tariago de Cerrato, en la ribera palentina del Pisuerga (Castro y Blanco, 1975: lám. XL), así como en la *Pallantia* prerromana de Palenzuela, en la vega del Arlanzón. También está espléndidamente constatada en la provincia de Segovia, donde se presenta además con una variada tipología de perfiles y con una gran riqueza ornamental (Blanco, 2003: 96). La decoración, en los casos en los que comparece, se asienta sobre la pared del vaso y también en la cara exterior de las patas.

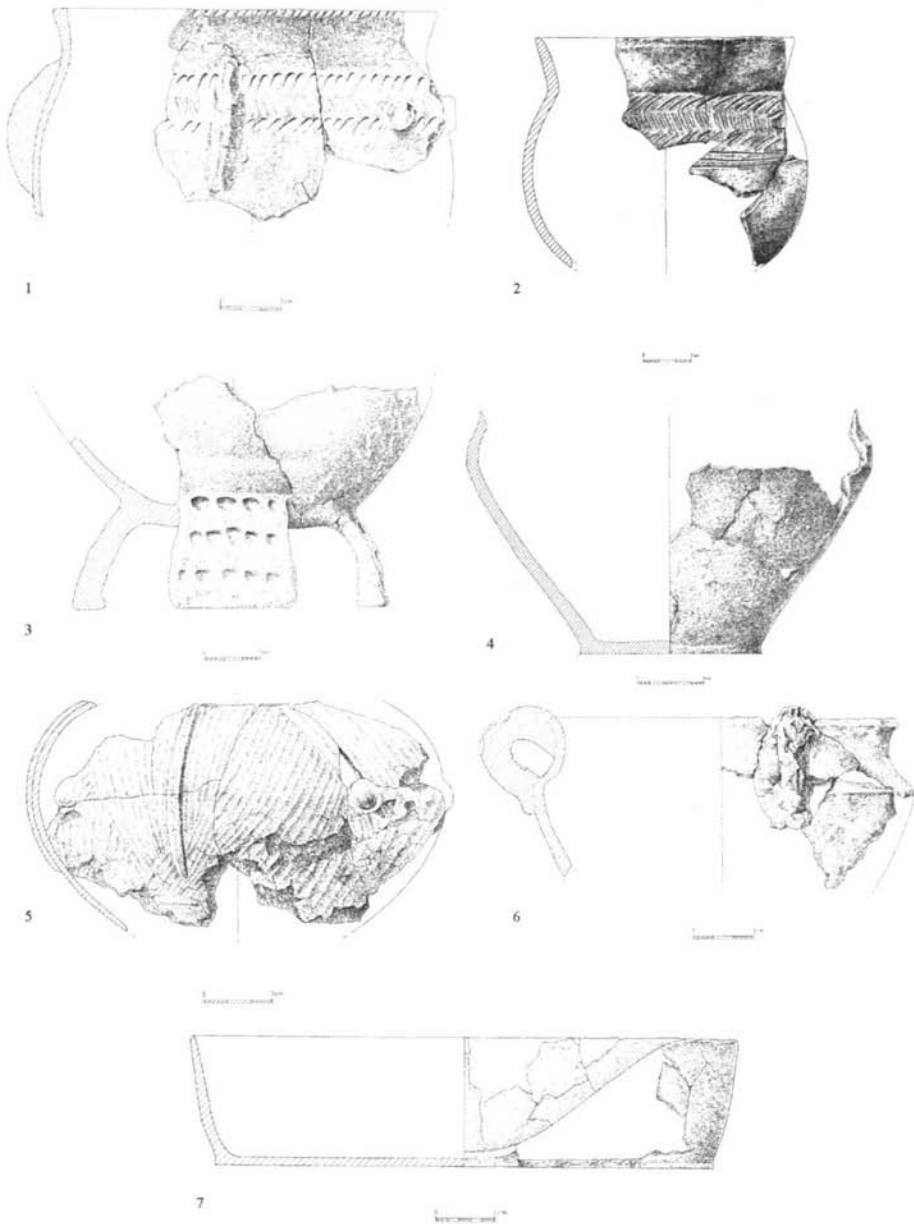


FIGURA 7:
Cerámica a mano. 1 y 3. Trípede; 2 y 4. Ollas; 5. Botella;
6. Cazuela carenada; 7. Recogedor de grano.

Aparte de estos dos tipos, que suponen el grueso de la producción manufacturada, encontramos en menor proporción cuencos, fuentes, tazas carenadas y ollitas, estas últimas de similar forma que la olla pero de menores dimensiones (Gráfico 3, Fig. 7). En el caso de las fuentes queremos hacer hincapié en un ejemplar recuperado en el derrumbe de la segunda vivienda, el cual presenta un fondo plano de tendencia elíptica y unas paredes ligeramente abiertas (perfil troncocónico invertido) y bajas que, en un sector de la pieza, descienden hasta desaparecer a ras del fondo (Fig. 7:7). Piezas similares a esta última han sido identificadas en otros yacimientos, caso de Padilla de Duero (Gómez y Sanz, 1993: 350: fig. 6:1; Sanz y Escudero, 1995: 284, fig. 5) y Tardajos (Pradales y Sagredo, 1993: fig. 1:1; Sacristán, 1993: 300, fig. 5), lugares en los que el tipo se describe como bandeja de bordes abatidos y es interpretado, en el segundo de los casos citados, como un recogedor de grano por aparecer en el interior de un gran silo. Pese a que en Tardajos se asocia a materiales de la primera Edad del Hierro, el hallazgo de Padilla y el que ahora presentamos certifican su uso en la plenitud de la etapa celtibérica.

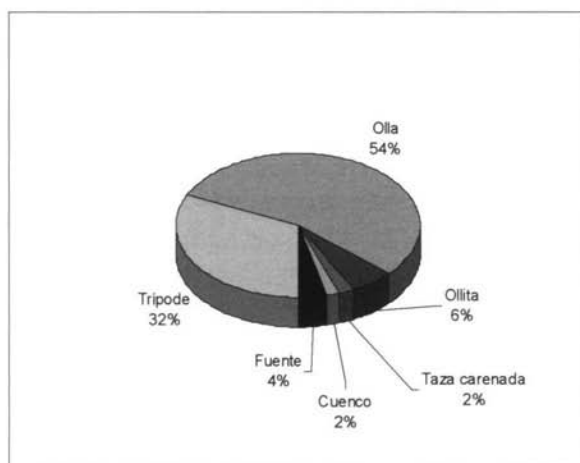


Gráfico 3: Formas reconocidas en la cerámica a mano

Muchas de estas piezas confeccionadas a mano (el 35,2% de las inventariadas) muestran algún tipo de decoración, en especial los vasos trípodas. Las técnicas más habituales son la incisión y la impresión, a la que se añaden algunos esquemas acanalados, y varias aplicaciones plásticas. Los motivos incisivos más comunes son las bandas oblicuas, los triángulos y las espigas (Fig. 7:1 y 2),

simples o dobles, formando bandas sobre la parte superior de la panza de la pieza, por debajo del borde. Junto a ellos contamos con algunas líneas verticales incisas o acanaladas. Ornada con áreas triangulares acanaladas, así como con gallones y botones plásticos, hemos recuperado una pared globular con las superficies finamente bruñidas (Fig. 7:5), para la cual encontramos un claro paralelo en el poblado vacceo de El Soto de Medinilla (Escudero, 1995: fig. 11:2), así como en la necrópolis de Las Ruedas de Padilla de Duero, (Sanz, 1998: fig. 148:107), lugar este último donde se corresponde con una forma de botella (la XII3 de la tipología pintiana) a la que también podría pertenecer nuestro ejemplar. Con decoración peinada tenemos un ejemplar que muestra un motivo de triángulos rallados (zig-zags cruzados). También destacan varios casos de decoración impresa con unguilaciones, pequeños trazos finos o gruesos (comas) sobre el labio o la pared de los vasos, puntos y bollos, estos últimos particularmente sobre las patas de los vasos trípodas (Fig. 7:4), así como aplicaciones plásticas de tipo mamelón, botón o cordón. Como elemento particular hemos encontrado un galbo liso que lleva incrustado un pequeño botón de bronce. Este último tipo de decoración es habitual en los repertorios de la cerámica a peine del círculo cultural vettón, y suele acompañar a los repertorios clásicos de los contextos identificados en su día como Cogotas II. Sanz (1998: 265) considera que se trata de una decoración con precedentes en el Bronce Final II del Sureste que hay que asimilar a una fase barroca del peine, en torno al siglo IV a.C.

Es frecuente, por otra parte, la asociación de más de un motivo así como de varias técnicas, circunstancia que se da sobre todo en los vasos trípodas que conjugan frecuentemente esquemas impresos, diseños incisos y aplicaciones plásticas.

En líneas generales, podemos decir que los motivos decorativos no responden, salvo quizás en un caso, a los habituales repertorios pectiniformes, un aspecto que, como veremos, podría darnos alguna información cronológica.

Un análisis particular merece la *cerámica torneada* común, un tipo escasamente representado en Vertavillo, apenas treinta y dos fragmentos, en el que se reconocen las formas más habituales de los repertorios vacceos. Estos productos fueron estudiados por primera vez por Sacristán (1986: 198-199), quien distinguió únicamente dos formas a las que denominaba *Rauda A* y *Rauda B*, por haber sido identificadas en dicho yacimiento (Roa, Burgos), y posteriormente, con un mayor volumen de información, por Escudero (1999).

En todos los casos se trata de especies de aspecto grosero y acabado descuidado, pastas con desgrasantes visibles y cocciones predominantemente reductoras, lo que proporciona una coloración oscura. Con el estudio de Escudero el repertorio formal se ha ampliado a nueve formas, pese a que entre ellas predomina de manera absoluta la olla de perfil ovoide anguloso, de cuerpo troncocónico, base umbilicada y borde vuelto cefálico, con el diámetro máximo en el tercio superior del vaso, un cuello muy poco marcado y algunas estrías o surcos a lo largo del cuerpo (Forma 1).

En esta intervención no hemos recuperado ningún ejemplar completo, pese a lo cual, y en función de los bordes reconocidos, la mayoría de los casos responden a alguna de las tres variedades del primero de los modelos definidos por Escudero, cuyas diferencias estriban en la altura del recipiente y en la presencia de un cuello insinuado. En menor proporción descubrimos algunos bordes redondeados y cuerpos más redondeados, lo que nos hace sospechar que pertenecen al segundo de los tipos reconocidos por la citada autora (Escudero, 1999: 278).

Se trata de un tipo frecuentemente vinculado a ambientes habitacionales y, por ello, relacionado tradicionalmente con funciones culinarias. Pese a ello, las características morfológicas de los tipos más frecuentes, con perfil troncocónico y fondo umbilicado, han hecho sospechar a Escudero (1999: 284) que aquellos debieron utilizarse para el almacenamiento de productos domésticos en pequeñas cantidades, como la sal, o para la conservación de productos cárnicos en salazón o aceite. Su presencia en el interior de tumbas, como ocurre en las dos necrópolis de *Pintia*, confirma por otra parte su uso funerario, y no sólo ejerciendo el papel de contenedor de las cenizas del difunto, sino también como elementos añadidos al ajuar, bien por su propio papel como especies de valor ritual, bien, con más probabilidad y como apuntan algunos restos recuperados en su interior, como recipientes que aportan porciones de comida o alimentos para el viaje del difunto al más allá, posiblemente aquellos que tenían la misión de conservar (Escudero, 285-286).

Estos recipientes, sobre todo las ollas de fondo umbilicado más habituales, aparecen de forma frecuente en todos los poblados vacceos de los que se cuenta con un repertorio cerámico representativo, caso de Cuéllar y Coca (Segovia), Paredes de Nava (Palencia), Roa (Burgos) o Padilla de Duero (Valladolid). Para Sacristán (1986: 199) el modelo se asocia a los repertorios celtibéricos clásicos (siglos III a I a.C.), aunque el segundo de los tipos por él definido también se mantiene en los niveles tardíos (segunda mitad del sigo I a.C.), para ser suplantado en la centuria siguiente por otros patrones romanos.

Sanz (1998: 307-308), por su parte, considera que la mencionada sustitución tiene lugar en un momento más temprano, y Blanco (2003: 120) hace coincidir su desaparición con la del resto de la cerámica indígena.

El conjunto alfarero numéricamente más importante recuperado en Vertavillo en la presente intervención es el de la *cerámica torneada fina*, comúnmente identificada con el nombre de *celtibérica* pese a que no todos los expertos consideren acertado el término (Fig. 8). Nos encontramos ante una cerámica muy estandarizada que sigue patrones de producción de cierta rigidez, similares a los de otros yacimientos de la misma época. Presenta pastas duras, muy bien tamizadas, posiblemente gracias a procesos de levigación y decantación de la arcilla, en las que se han eliminado las impurezas y se han añadido minúsculos desgrasantes generalmente silíceos. Su cocción se efectúa bajo un buen control de la temperatura -que alcanza entre los 800° y los 900°- y de la entrada de oxígeno. La atmósfera es generalmente oxidante, lo que proporciona tonos anaranjados y marrones claros (tono nuez), aunque en algunos casos las pastas muestran un interior gris, producto de una cochura mixta en la que al principio del proceso el fuego es reductor. La superficie exterior se ofrece detalladamente cuidada, ya sea a través de simples alisados y bruñidos o gracias a finos baños limosos que se podrían confundir con auténticos engobes (Blanco, 2003: 98). Dentro de este conjunto hemos incluido también algunas piezas de cocción reductora homogénea y coloración gris, puesto que, salvo en este detalle, se asemejan en todo a las anteriores.

En lo que se refiere a los tipos morfológicos (Gráfico 4) hemos distinguido entre botellas, contenedores (donde se incluyen las grandes vasijas que muestran el borde vuelto engrosado o con ñada), copas, cuencos, embudos, fuentes, jarras, perfil acampanado y tapaderas. La forma mejor representada son los contenedores de cuerpo globular o bitroncocónico, que suponen un 65% del total de las identificadas en este grupo, seguidos de las copas (20,3%) y los cuencos (13,9%).

Los contenedores de mediano o gran tamaño han sido identificados sobre todo a partir de fragmentos de pared globular o troncocónica, pero su diferenciación interna sólo se puede intentar gracias a los ejemplares con borde. Entre ellos predominan los vueltos simples (70 ejemplares) (Fig. 8:3), sobre los de “cabeza de pato” (44) (Fig. 8:5), mientras que tan solo en un caso podemos hablar de borde entrante engrosado. Los primeros, que se asocian a cuerpos globulares o bitroncocónicos y posiblemente a fondos umbilicados,

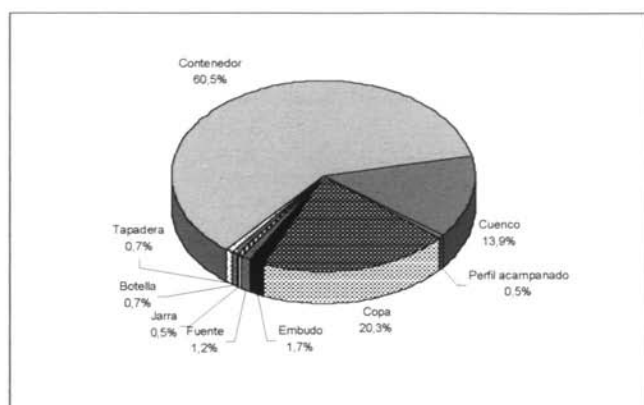


Gráfico 4: Morfología cerámica a torno tipo celtibérica

podrían considerarse una variante del tipo que Sacristán (1986: 166) denomina “palo de golf” -y ello pese a que en el poblado cerrateño no se observa un claro engrosamiento del labio- y que el mencionado autor fecha entre el siglo III y el I a.C. También se corresponde con la forma XXVIII-C de E. Wattenberg (1978: 41), beneficiada de la misma cronología, y con los denominados vasos ovoides reconocidos en Coca (Romero, Romero y Marcos, 1993: 239-241) en las mismas fechas. Son frecuentes en todos los contextos de habitación vacceos de época clásica, pero también aparecen, aunque de forma minoritaria, en la necrópolis de Padilla (Sanz, 1998: 296), donde se fechan en época sertoriana.

Los contenedores con borde cefálico o de “cabeza de pato”, por su (Sacristán, 1986: 166-167) y se dan cita en otras estaciones vallisoletanas, como Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993) o Padilla de Duero (Gómez y Sanz, 1993). Según Sacristán, se trata de un tipo procedente del valle del Ebro y del área ibérica, donde se constata desde finales del siglo IV. En la cuenca del Duero se inscribe en unas fechas en torno a los siglos III y I a.C, modificándose visiblemente en momentos tardíos.

En un porcentaje relativamente amplio se constatan en Vertavillo las copas, aunque no podemos descartar que alguna de las piezas inicialmente adscritas a esta forma y que no muestran ni pie ni fuste, pudieran pertenecer a otros tipos como las páteras o los embudos. En cualquier caso, se observa en las mismas cierta variedad derivada de las diferencias apreciables entre los distintos elementos del recipiente. Así la parte superior o contenedor, en los casos en que ha podido ser identificada de forma clara, suele ser hemisférica, aunque

no faltan algunos ejemplares globulares y troncocónicos, con el borde preferentemente recto o vuelto, siendo escasos o excepcionales los bordes horizontales y cefálicos. Uno de estos ejemplares exhibe una perforación que sirvió como elemento de suspensión, otros cuatro han sido identificados a través de sus fustes, todos ellos con decoración moldurada, y dieciséis gracias a los pies.

Las copas, más allá de sus múltiples variantes, parecen tener su origen en la cuenca del Duero en torno al siglo IV a.C. (Sanz, 19987: 287-289), perdurando hasta coincidir con las producciones romanas (Sacristán, 1986: 174). Por otra parte, y como apunta el último autor citado, son especialmente típicas del mundo celtibérico y vacceo, mostrándose sólo de forma esporádica en el valle del Ebro.

Los cuencos, que alcanzan una proporción de casi el 14 % en la excavación de Las Chozas, muestran de forma general el borde recto, aunque ligeramente abierto, perfil hemisférico y fondo umbilicado. Se trata de una forma simple habitual en toda la época clásica y también tardía (Sacristán, 1986: 169). Se corresponden con la forma III de Sanz (1998: 283) y con las formas XVI a XVIII de Wattenberg (1978).

El resto de los perfiles identificados son más excepcionales. Destaca la presencia de algunos embudos y de cinco fuentes; estas últimas, de borde vuelto horizontal y paredes tendidas, incluyen los tipos conocidos en la bibliografía como páteras.

También encontramos dos jarras identificadas por mostrar el arranque de un asa vertical en uno de sus laterales. Se trata de una forma poco conocida que no se corresponde con los ejemplares de piquera, de época tardía, como los encontrados en las necrópolis de Padilla o de Pinilla-Trasmonte. El ejemplar más completo (Fig. 8:4) presenta perfil bitroncocónico, con el cuerpo superior porcentualmente más desarrollado que el inferior, muy tendido y rematado en una boca estrangulada de borde vuelto al exterior; el cuerpo inferior, sin embargo, es corto y se soporta por un pie anular bajo. Este tipo podría identificarse con la forma IX1 de Sanz (1998: 290), la cual la sitúa desde momentos tempranos, en torno a mediados del siglo IV a.C., hasta el siglo II e inicios del I a.C. También recuerda a la forma IX C-2 de Wattenberg (1978: 29 y 55), aunque en este caso carece de asa. Las dos piezas, por otra parte, se encuentran decoradas con complicadas composiciones pictóricas.

Por último hemos de hacer mención de dos pequeños vasos de perfil acampanado o en "S" que muestran paredes finas y delicada decoración (Fig. 8:2). Responden a la forma IV2 de Sanz (1998: 284-285), de suave contorno,

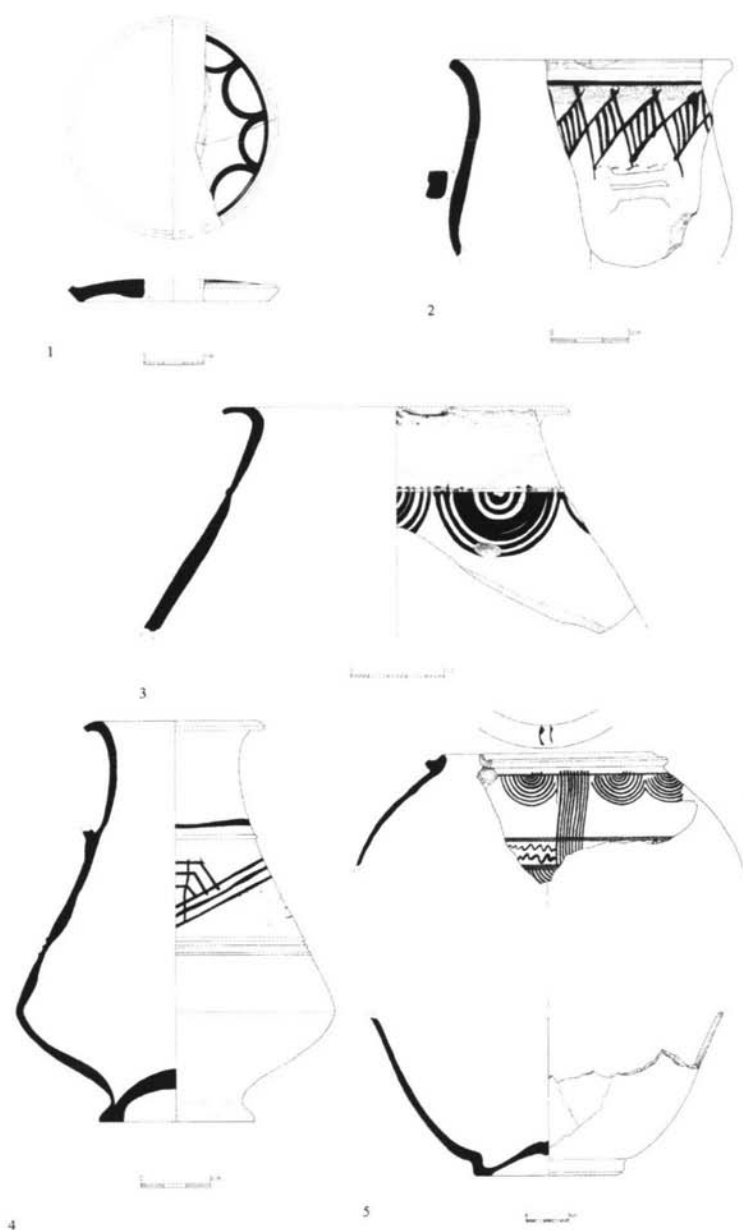


FIGURA 8:
 Cerámica a torno. 1. Tapadera; 2. Vaso en S; 3. Contenedor de borde vuelto;
 4. Jarra; 5. Orza globular de borde vuelto cefálico.

borde exvasado y labio redondeado que en Padilla se asienta sobre una base plana con umbo central y que su excavador fecha entre el siglo II y principios del I a.C. El repertorio formal se completa con dos tapaderas, una de ellas decorada con una línea perimetral y arcos pintados (Fig. 8:1).

El 50% de los fragmentos inventariados muestra algún tipo de decoración pictórica. Por lo general la pintura está compuesta por óxidos de hierro y manganeso, y ha sido aplicada antes de la cocción, lo que explica su excelente fijación. Los tonos varían poco, siendo en su mayor parte marrones, aunque también hemos encontrado algunos ejemplares con tonos vinosos. La decoración se asienta fundamentalmente sobre la parte superior de los vasos, allí donde resulta más visible, y se distribuye en franjas horizontales, enmarcadas frecuentemente por molduras y ordenadas en metopas.

Los motivos decorativos son los habituales en los contextos plenos de época vaccea, sobresaliendo, a parte de las líneas horizontales (35% de los motivos), los semicírculos (32%) y las ondas (15%), que pueden ser verticales u horizontales (Fig. 8:3 y 5). Otros temas representados en menor proporción son las líneas verticales, los segmentos, las cesterías (Fig. 8:4) y los puntos (Gráfico 5). Menos frecuentes son otros esquemas, que aparecen tan sólo en uno o dos ejemplares, pero que, sin embargo, en algún caso y por su especial significación, pueden darnos algunas pistas cronológicas. Estos son las aspas, los serpentiformes, los círculos completos -un motivo muy poco habitual en los contextos vacceos e inspirado directamente en las producciones ibéricas-, los rombos (Fig. 8:2), los triángulos rellenos o rayados, los arcos (Fig. 8:1), las espirales y las retículas. Las asociaciones más frecuentes son las que combinan de distinta manera motivos simples o comunes, caso de las líneas horizontales, los semicírculos, las líneas verticales y las ondas. En esos ejemplos solemos ver los semicírculos colgando de las horizontales, a veces tangenciales, a veces secantes, separados o no por ondas o verticales que metopan la composición. De manera menos frecuente encontramos segmentos de círculos concéntricos colgando de horizontales, en alguna ocasión acompañados por ondas. Con carácter puntual comparecen vasos que muestran asociaciones más barrocas, caso de un ejemplar con cestería, líneas horizontales y un motivo serpentiforme.

Estas últimas visten sobre todo las formas poco frecuentes, como las fuentes y las jarras, mientras que en las copas y cuencos las asociaciones decorativas son menos complejas, utilizando los motivos decorativos más

habituales. En los contenedores, pese a no incluirse motivos barrocos como las cesterías y los serpentiformes, se consiguen desarrollos decorativos de cierta elaboración.

Fabricados en cerámica pero sin la ayuda de torno, contamos procedentes de la excavación con algunos objetos de variada tipología y distinto uso o significado. Entre estas *producciones singulares* destacan en número *los esféroides*, más comúnmente conocidos como “canicas” (Fig. 10:5-10), que suman un total de doce ejemplares. Cinco de ellos se hallaron agrupados en el derrumbe de la Vivienda 2, sobre su suelo, uno más en el mismo estrato y el resto en distintos contextos arqueológicos a lo largo de toda la superficie abierta, bien en el relleno de hoyos, bien en niveles de destrucción, arrastre o echadizo. Se trata de piezas de distinto tamaño, con unos diámetros que oscilan entre 20 y 35 mm, fabricadas con pastas finas y cocidas en igual proporción en atmósferas

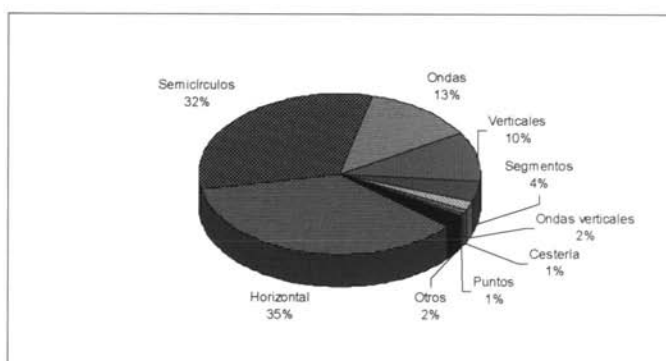


Gráfico 5: Motivos decorativos pintados en la cerámica torneada

oxidantes y reductoras. Salvo en dos casos, han sido objeto de decoración más o menos profusa mediante líneas de puntillado impreso realizado con un fino punzón. Los motivos decorativos son “meridianos” y líneas transversales (ecuadores) que cuarteán el espacio en múltiples segmentos dentro de los cuales se incluyen en tres ejemplares puntos o impresiones triangulares de punta de cuchillo. En una de las bolas las líneas de puntos se sustituyen por impresión de ruedecilla y en otra por líneas incisas. Otra de las canicas no compartimenta su espacio de forma alguna y rellena toda su superficie con impresiones puntiformes.

Estas piezas son muy frecuentes en los yacimientos de la segunda Edad del Hierro, dentro y fuera del territorio estrictamente vacceo y celtibérico, siendo especialmente abundantes en yacimientos como Padilla de Duero o el poblado de La Hoya. Su acostumbrada aparición formando parte de los ajuares funerarios indujo a considerarlas un elemento de tipo ritual; sin embargo, su posterior contextualización dentro de ambientes domésticos y en algunas escombreras hizo reconsiderar tal hipótesis, admitiendo que pese a la posibilidad de que en cierto momento llegaran a adquirir un valor simbólico, con anterioridad debieron haber tenido otra finalidad más prosaica. En este sentido se ha apuntado que pudieron emplearse como proyectiles de honda, elementos de medida y valor, o como objetos de juego (Sacristán, 1986: 207-208; Sanz, 1998: 344-345). A favor de dar crédito a esta última utilidad se encuentran, a nuestro modo de ver, los testimonios de la necrópolis celtibérica de El Pradillo (Pinilla-Trasmonte, Burgos), puesto que no debemos olvidar que en varios conjuntos funerarios de los exhumados en las últimas intervenciones (Abarquero y Palomino, e.p.), estas piezas, en mayor o menor número, se veían asociadas a astrágalos de bóvidos u ovicápridos, un objeto de uso lúdico protagonista del popular juego de “las tabas”, cuya práctica se ha mantenido hasta no hace muchas décadas en las sociedades tradicionales.

En cuanto a su seriación se admite, de forma general, una mayor antigüedad de las canicas de piedras sobre las de barro, una afirmación, no obstante, que no debe llevarnos a error, puesto que las primeras, aunque en menor proporción, siguen apareciendo en contextos tardíos (Sanz, 1998: 343). A corroborar este último particular podría contribuir el material de Vertavillo, donde además de las mencionadas doce canicas cerámicas hemos hallado una bola de caliza procedente de un nivel de sedimentación que cubre los derrumbes. Por otra parte, la idea de considerar a los esferoides sin decoración más antiguos que los ornados no puede ser aplicada con éxito en nuestro yacimiento, puesto que dentro del conjunto de cinco ejemplares asociados, encontrados todos ellos juntos sobre el suelo de la Vivienda 2, están presentes un ejemplar liso, otros dos con una somera decoración y dos más con abigarrados puntillados e impresiones triangulares.

Otros elementos de barro cocido singulares encontrados en la intervención arqueológica de Vertavillo son dos *fusayolas* (Fig. 10:3 y 4): un ejemplar completo de perfil redondeado, cocción reductora y color negro, y la mitad de otra de perfil bitroncocónico, cocción oxidante y coloración anaranjada, en ambos casos sin decoración y con perforación ligeramente cónica. Estas piezas son contrapesos para los husos de hilar, es decir, objetos con una finalidad muy

clara relacionada con la actividad textil. Sin embargo, su aparición en contextos funerarios y en asociaciones especiales ha permitido a algunos autores plantear para las mismas significados profilácticos o simbólicos (Sanz, 1998: 34) que, pese a todo, no creemos poder aplicar a nuestros hallazgos.

En arcilla cocida contamos también con un trozo de *pesa de telar* o *pondus*, muy fragmentado y con una perforación cilíndrica transversal. Tanto este objeto, como los dos anteriores dan muestra de la existencia de una desarrollada industria textil ampliamente documentada en otros yacimientos vacceos y por los documentos clásicos.

Particularmente curioso resulta el hallazgo, con el que finalizamos el repaso de la producción no vascular, de dos elementos a los que hemos denominado *cantos o tortas de arcilla* (Fig. 10:1 y 2), uno de ellos entero y el otro fragmentado, que tienen forma y tamaño similar al de cualquier canto rodado de cuarcita pero que están fabricados con barro. No se encuentran cocidos, pero sí endurecidos y tremendamente rubefactados por contacto directo con el fuego. Esta última circunstancia es completamente evidente en el segundo ejemplar, puesto que aquí acompaña a un verdadero guijarro y forma parte de la cama del hogar de la Vivienda 3, elaborada también con piedras calizas y cerámicas. El primero se encontró igualmente junto a otros morrillos sobre el piso de la Vivienda 2, los cuales presentaban asimismo huellas de haber estado en contacto con el fuego de forma prolongada, por lo que todos ellos pudieran haber pertenecido a un hogar posiblemente desmontado por la caída de las paredes de la vivienda en el momento de la destrucción. En este caso, y a pesar de no conocer ningún paralelo estricto, podemos asegurar que tales “tortas” de arcilla fueron fabricadas para sustituir a los cantos de río, escasos en el entorno, y con el fin de servir de elementos refractarios en las soleras de los hogares domésticos.

Tras el estudio general sobre la producción cerámica merece la pena entretenerse mínimamente en las diferencias existentes dentro de la misma según cuál sea su procedencia, es decir, en la *contextualización de los conjuntos alfareros*. En este sentido hemos de apuntar que existen varias unidades estratigráficas que por su condición alterada (los niveles de arada) o de arrastre natural, proporcionan una mezcla aleatoria de ejemplares formales y decorativos que no puede ser en ningún caso significativa. No ocurre lo mismo con los derrumbes o los suelos sepultados por los escombros, en los cuales sí podemos hacer una clara diferenciación de los ambientes y de sus productos alfareros. De esta manera, en lo que se refiere a la Vivienda 1 observamos cómo en el interior de la estancia principal se recoge una proporción de cerámica a

mano superior a la media (35,3%), mientras que en el capítulo de las producciones torneadas destacan los tipos contenedores. Curiosamente en el cobertizo o habitación aledaña existe una proporción menor de cerámica a mano (10,6%), entre la que cabe destacar al menos un vaso trípode, mientras que en la cerámica a torno se reconoce una mayor variedad de formas: contenedores, cuencos y copas. Por lo que se refiere a los niveles inferiores a esta primera vivienda hemos observado que, sorprendentemente, la proporción de facturas manuales sólo alcanza un 7,8%, destacando la presencia de cinco fragmentos que pertenecen a vasos trípodes y otros cuatro a ollas. En cuanto a la cerámica torneada común se muestra escasa (5,4%) y poco variada, puesto que los seis ejemplares reconocidos pueden adscribirse al tipo *Rauda A* de Sacristán. Por el contrario, la cerámica a torno fina, dominada por los contenedores y con una buena representación de copas y cuencos, alcanza los valores más altos de la muestra. En el caso de la Vivienda 2 las proporciones entre cerámica a mano y torneada tienden a equipararse dentro de la estancia principal así como en la despensa adosada, una realidad que se repite también en cuanto a la importancia de los contenedores.

La constatación estratigráfica de niveles, fosas u hoyos por debajo de las dos viviendas mencionadas nos obliga a plantearnos la existencia de una fase previa a la instalación de las mismas que, dentro de un similar contexto cultural general enmarcado en la etapa celtibérica plena, o en el mundo vacceo clásico si se prefiere, podría mostrar algunas peculiaridades morfológicas y decorativas. En este sentido, no parece ayudarnos en nada el estudio de la cerámica a mano, que, en contra de lo que podríamos sospechar, aparece en una menor proporción que en los niveles más modernos y muestra tipos idénticos. En cuanto a la morfología de las especies torneadas, se repiten las mismas pautas, por lo que no se pueden hacer apreciaciones cronológicas. Lo mismo ocurre con las decoraciones pintadas, entre las que encontramos similares temas y algunas composiciones de cierta complejidad. Únicamente en este último punto podemos hacernos eco, sin darle un valor excesivo, de dos fragmentos recogidos bajo la segunda vivienda que muestran un engobe gris y están decorados con retícula tosca en un caso y con motivos curvos en otro mediante una pintura de tono vinoso.

Los Elementos Metálicos

La Intervención Arqueológica ha proporcionado también un corto, pero no por ello despreciable, número de elementos metálicos, tanto en hierro



FIGURA 9:

Útiles de metal. 1 a 7, 12 y 13 en hierro; 8 a 11 en bronce. 1. Punta de lanza; 2. Cuchillo afalcatado; 3. Regatón de lanza; 4, 6, 7, 9 y 10. Indeterminados; 5. Argolla; 8. Arandela; 11. Aguja; 12. Gubia; 13. Hacha

como en bronce, alguno de los cuales muestra un buen estado de conservación y permite su definición tipológica y tipométrica.

En concreto, las *piezas de hierro* registradas son un total de veinticuatro, repartidas por ambas unidades de excavación. En la mayoría de los casos se trata de objetos indeterminados, muy deteriorados para ser identificados; sin embargo, hemos sido capaces de reconocer un buen porcentaje de clavos o vástagos, algunos con cabeza vuelta a modo de escarpia y otros con una chapa remachada en su extremo. La mayoría fueron encontrados en el nivel de derrumbe y en el de cenizas infrayacente situados sobre el cobertizo o despensa asociada a la Vivienda 2, razón por la que creemos que se trata de los soportes que mantenían anclados los anaqueles o estantes de madera a las paredes.

Fuera de estos clavos cabe destacar la presencia de alguna chapa con remaches, un elemento de enmangue, un punzón biapuntado, un cuchillo afalcatado¹⁰ (Fig. 9:2), parte de una placa estrecha y ligeramente curva con un remate en forma de gancho y una arandela. La mayoría de estos objetos se asocia, de forma más o menos precisa, a la Vivienda 2. Todos ellos son conocidos en la segunda Edad del Hierro del interior peninsular y suponen la prueba de la generalización de este metal en la confección de utensilios de trabajo, introduciendo tipos que, con escasas modificaciones, se van a mantener a lo largo de los siglos (Barril, 1992: 24). Los punzones apuntados en ambos extremos son frecuentes tanto en contextos cementeriales como habitacionales y, a juzgar por algunos ejemplares completos, pudieran haber estado enmangados (Sanz, 1998: 415-6). Igual ocurre con los cuchillos afalcatados o curvos, abundantes en todo tipo de contextos culturales y cronológicos de la Edad del Hierro, lo cual les resta valor como elemento diagnóstico, pese a que en la necrópolis de Las Ruedas de Padilla de Duero sólo se registran en contextos del siglo II a.C. Se trata de una herramienta doméstica, aunque no se puede descartar su uso como arma de ocasión, puesto que también forma parte de la panoplia del guerrero en algunas tumbas (Sanz, 1998: 420).

A las herramientas descritas más arriba hemos de añadir los dos ejemplares encontrados durante los sondeos previos: una gubia de carpintero hallada sobre el suelo de la Vivienda 2 y un hacha de leñador recogida en el fondo del sondeo 6 (Fig. 9:12 y 13).

La gubia -de 130 mm de longitud y un filo de 25 mm- muestra un enmangue tubular y una hoja de media caña curva y estrecha con los extremos

¹⁰ Hoja de 120 mm de longitud y una anchura máxima de 24 mm.

vueltos hacia el interior y se encontraba en unas inmejorables condiciones de conservación. Se trata de un utensilio poco habitual en los repertorios vacceos, aunque no por ello ausente. Una pieza muy parecida ha sido hallada en Langa de Duero y estudiada por M. Barril (1992: 9, pieza 1976/48/101), y otros ejemplares de la misma tipología proceden del castro de Las Cogotas y de Numancia.

La otra pieza completa es un hacha de 191 mm de longitud y 30 mm de anchura en el centro. Presenta un ojo u orificio circular para empuñadura perpendicular de 47 mm de diámetro. La hoja, de forma trapezoidal, mide 92 mm de longitud, 77 mm de anchura en el filo y 11 mm de espesor en el centro. El extremo opuesto es más corto -50 mm de longitud- y de tendencia rectangular, mostrando una sección transversal ligeramente en forma de cuña y una anchura de 48 mm. En el conjunto estudiado por Barril se recoge también un buen número de hachas de hierro, aunque la mayoría con hojas de filo más desarrollado. Sólo en una de las allí inventariadas, en concreto la pieza 1976/48/14, procedente también de Langa de Duero, se reconoce una tipología similar a la nuestra (Barril, 1992: 9). Útiles parecidos y con la misma cronología se han recuperado también en Numancia (Manrique, 1980) y en Las Cogotas (Cabré, 1930).

Las hachas de empuñadura mediante ojo o anilla, cuyos ejemplares más antiguos se documentan en el mundo ibérico, suponen según Barril (1992: 22) un paso hacia la modernidad dentro de la Edad del Hierro. Existen escasos ejemplos de instrumentos de esta tipología, los cuales proceden de Langa, Izana y la Acrópolis de Valdenovillos. En el poblado de El Soto de Medinilla se halló un ejemplar (Escudero, 1995: fig. 2) que muestra el mismo tipo de empuñadura, pero cuyo extremo opuesto al filo se remata de forma curva, razón por la que ha sido interpretada como un hacha agrícola. Esta última pieza, pese a haber sido recuperada sin control arqueológico, parece que puede ser vinculada sin muchas dudas al poblado de la segunda Edad del Hierro.

Además de estos útiles, ambos representativos del trabajo de la madera e indicio de la importancia que esta actividad debió tener en el viejo poblado de Vertavillo, también están presentes entre los objetos metálicos de hierro piezas que se pueden relacionar con el equipo militar. Nos referimos a una punta (Fig. 9:1) y un regatón de una lanza (Fig. 9:3), este último asociado a una chapa y a un posible arreo de caballo (Fig. 9:5). La punta, que más bien pudo pertenecer a una jabalina¹¹, fue localizada en el interior de uno de los hoyos de poste que delimitan el cobertizo de la Vivienda 2. Presenta empuñadura tubular abierto con

¹¹ 68 mm de largo; hoja 27 por 22 mm.

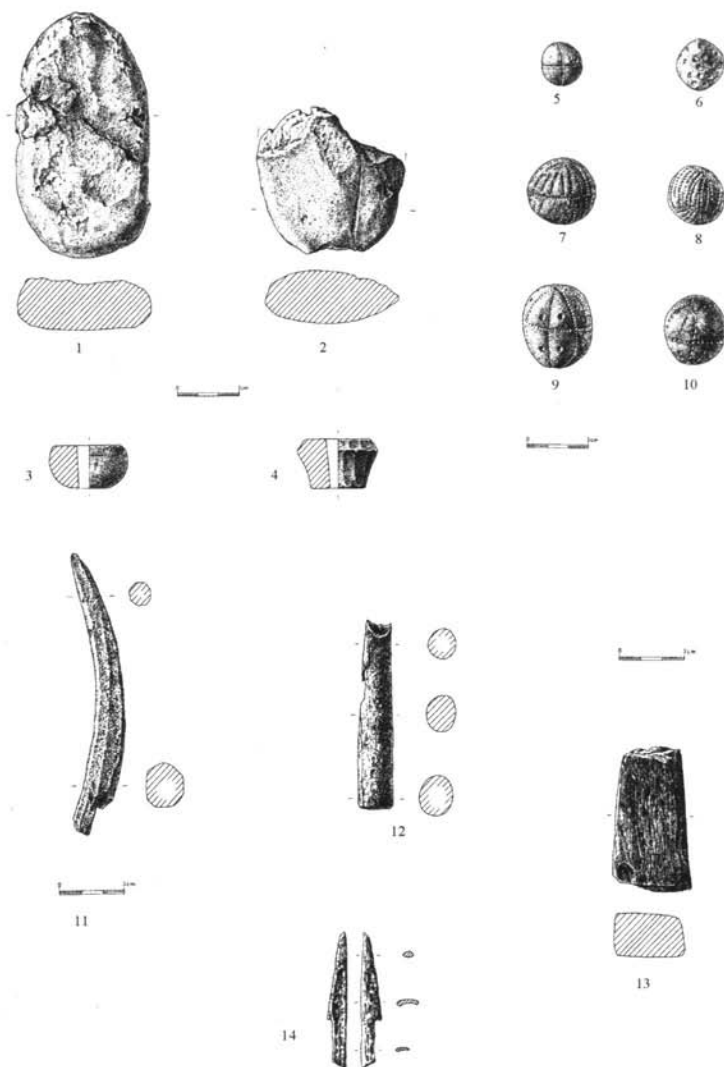


FIGURA 10:
 1 y 2. Tortas de barro cocido; 3 y 4. Fusayolas; 5 a 10 canicas;
 11 y 12. Mangos de hueso; 13. Afiladera; 14. Punzón de hueso.

un clavo y el extremo de la hoja redondeada, una tipología que nos recuerda al grupo Ib de Sanz (1999: 424, fig. 224), en concreto a la pieza 898 del catálogo citado, a pesar de que en nuestro caso tiene una punta más corta y menos apuntada. Por su parte, el regatón de lanza, junto al cual se conservaban aún restos de la madera del vástago, fue localizado sobre el primero de los suelos de la misma casa. Responde a los tipos más comunes, un cono abierto con un posible remache que lo atraviesa, con características similares a las descritas por Sanz (1998: 422) para el primero de sus tipos caracterizados por una punta de sección circular.

Ambos elementos constituyen parte de las llamadas armas de asta (lanzas, jabalinas y picas), las cuales pasan por ser los objetos militares más comunes de la Antigüedad. Pese a ello, los estudios dedicados a su morfología y evolución tipológica no son todavía exhaustivos, por los que no podemos utilizar estos datos para ayudar a encuadrar cronológicamente la ocupación.

Por último, la arandela circular, que presenta un tirador todavía enganchado, se localizó también en el cobertizo de la segunda vivienda y puede ser interpretada como parte de un arreo de caballo por la similitud que muestra con un ejemplar de Padilla de Duero (Sanz, 1998: 216, fig. 196-1065).

De anecdóticas hemos de tildar, por su parte, a las *piezas de bronce*. De los seis objetos confeccionados en este metal cuatro fueron encontrados bajo la Vivienda 1, otro en un área exterior a la misma y el último, un goterón indeterminado, en el echadizo que separaba los dos suelos de la Vivienda 2. Todos ellos parecen haber sido elementos decorativos salvo una aguja de sección plana, cabeza redondeada con perforación circular y punta roma rematada por un pequeño bulbo seccionado en tres partes (Fig. 9:11). Es probable que este pequeño alfiler se utilizara en tareas de costura, pero también pudo servir para hacer tatuajes o como colgante, puesto que se han reconocido ejemplares así interpretados en Padilla de Duero (Sanz, 1998: 408). Las agujas son elementos no infrecuentes en los contextos de la segunda Edad del Hierro, tanto en el territorio vacceo como en otros de la Submeseta Norte, ya sea en ambientes domésticos o funerarios. El modelo parece que tiene su origen en aportes centroeuropeos y se desarrolla desde el s. VII a.C. hasta enlazar con los tipos romanos (Lorrio, 1997: 235; Sanz, 1998: 408-409).

Junto a esta aguja, dentro del mismo nivel de relleno, encontramos también parte de una posible hebilla que no nos atrevemos a identificar con ningún tipo conocido (Fig. 9:10). Otro elemento de ornato confeccionado en bronce es

una pequeña arandela o cuenta de collar anular de sección circular (Fig. 9:8), similar a las encontradas en Padilla de Duero -donde se asocian a contextos funerarios del S. IV a.C. a pesar de que no se descartan perduraciones posteriores (Sanz, 1998: 405, fig. 186-821,822,823)- y en otros yacimientos de la segunda Edad del Hierro, como Monte Bernorio, la necrópolis de Carratiermes o Numancia. También hemos recuperado lo que puede ser el muelle o resorte de una fibula perteneciente a uno de los tipos de imperdible que utilizan este complemento, y un objeto fragmentado y alargado con varios apéndices (Fig. 9:9) que, pecando de arriesgados, pudiéramos interpretar como un zoomorfo al que le faltara la cabeza.

Los Objetos de Piedra y Hueso

Para terminar con el repaso a los materiales arqueológicos queda hueco todavía para ocuparnos de los objetos confeccionados en piedra y en hueso o asta. Entre los primeros recordemos la presencia de una canica de caliza, ya comentada al tratar los esferoides de barro, una lasca de sílex y cuatro afiladeras confeccionadas en bases abrasivas. Dos de estas últimas se encuentran bastante completas (Fig. 10:13), mostrando una forma trapezoidal alargada y una sección rectangular; otra más muestra la misma tendencia, aunque su estado de conservación es peor, mientras que la última ofrece un mayor volumen y un perfil de bordes redondeados. En piedra igualmente, sobre todo en granito aunque también en arenisca, se elaboran algunos molinos encontrados en distintos puntos de la excavación, ninguno de ellos completo ni, por lo que parece, en posición primaria. Entre ellos destacamos la mitad de una rueda moledera de 40 cm de diámetro y 15 cm de anchura, con orificio central y marcas en el canto para abrazaderas.

Los *útiles de hueso* se reducen a tres: un enmangue sobre asta de cabra con la superficie facetada, otro mango sobre diáfisis o hueso largo para el que encontramos un buen paralelo en el poblado vacceo de El Soto de Medinilla (Escudero, 1995: fig. 8:11), y un posible punzón de pequeñas dimensiones (Fig. 10:11, 12 y 14).

Los Restos Faunísticos

Poco es lo que sabemos, por el momento, de los restos de fauna recuperados en Vertavillo, puesto que no se ha efectuado un estudio específico. No comparecen en número elevado y se reparten por los distintos contextos arqueológicos de una manera más o menos homogénea. En este sentido podemos

apuntar que los huesos son abundantes entre los derrumbes y sobre los suelos de la Vivienda 2 -donde aparecen quemados por el incendio-, en el cobertizo de la Vivienda 1, al exterior de la Vivienda 3, en el interior de uno de los hoyos-basurero y, de forma especial, en la fosa excavada bajo la segunda de las viviendas y que hemos interpretado como un gran vertedero donde se acumulan los restos previos a la última fase del yacimiento en esta zona. En cuanto a la identificación de la fauna recogida no podemos adelantar más que la posible presencia de suidos y de ganado ovicaprino y equino.

Valoración Cultural y Cronológica

Los restos estructurales aparecidos en Vertavillo muestran una serie de ambientes domésticos e interdomésticos que nos llevan a considerar, sin ningún lugar a dudas, que nos encontramos dentro de un área del yacimiento destinada a hábitat, es decir, en el interior del poblado. En resumen, los espacios identificados ordenados de norte a sur son los siguientes: una calle o acera de grandes piedras calizas, una canaleta de arcilla compactada que funciona como desagüe, parte de la esquina nordeste de una casa (Vivienda 1), un espacio vacío de construcciones (Espacio Interdoméstico 1), una segunda estructura de habitación (Vivienda 2), un nuevo espacio vacío (Espacio Interdoméstico 2) y un tercer ambiente doméstico (Vivienda 3).

Una vez descritos los restos y efectuado el análisis de los materiales, reservamos este último apartado para estudiar las estructuras de habitación descubiertas, sus materiales y sus técnicas constructivas, así como su distribución interna, es decir, todos aquellos aspectos que sobre la vida doméstica se puedan inferir a través de los datos aportados por la excavación. En segundo lugar y aprovechando el carácter longitudinal del área de excavación, podemos ensayar, ayudados por algunos datos proporcionados por la fotografía aérea, un acercamiento al entramado urbano del poblado vacceo de Vertavillo, a la ordenación de sus viviendas y a la distribución de posibles espacios públicos. Posteriormente hemos de dedicar algún esfuerzo a descifrar el momento al que pertenecen los restos exhumados, para, por último, esbozar una contextualización del yacimiento de Vertavillo dentro del territorio vacceo.

Las Estructuras Domésticas

La variedad y buena conservación de una gran parte de los materiales de construcción encontrados en el yacimiento de Vertavillo nos hicieron pensar en la conveniencia de realizar un breve estudio de los mismos con la intención

de aportar más datos al conocimiento sobre las técnicas de edificación de los vacceos. A pesar de encontrarnos en un terreno con un substrato calizo, dentro de la zona de páramos, la piedra de este tipo no es uno de los materiales más utilizados en la construcción de viviendas, aunque esto puede ser una circunstancia casual y no tener correspondencia en otras áreas del poblado. En cualquier caso, en las estructuras exhumadas la piedra caliza únicamente se utiliza para algunas cimentaciones, para reforzar el suelo en determinados puntos y para la acera situada al exterior de la Vivienda 1. En la base de los muros, salvo en un caso en el que aparece parcialmente tallada, la piedra se presenta en mampuestos irregulares de pequeño tamaño. En el piso de la primera casa se utilizan dos grandes losas calizas planas, posiblemente reforzando la zona de acceso a la estancia. Por el contrario, los bloques de la acera exterior son gruesas y de gran volumen, quizás por tratarse de un elemento de uso público e ideado no sólo como zona de paso sino también como eje ordenador del urbanismo del poblado.

Los materiales de construcción más utilizados y mejor documentados en el yacimiento son el adobe y el tapial. Los adobes son bloques paralelepípedos confeccionados con barro y paja, esta última utilizada como compactante, secados al sol. En las viviendas rescatadas en Vertavillo contamos con varios derrumbes y algunos tramos de muro donde se pueden observar las características de estos prismas que son, en cualquier caso, variadas. En primer lugar destaca la buena conservación de las piezas, que muestran una extrema dureza, adquirida en el momento de la destrucción del poblado y gracias a sufrir un violento incendio que consiguió cocerlos. Por este motivo casi todos tienen las caras exteriores, a veces también el interior, de un fuerte color rojizo o anaranjado, próximo al de las tejas o ladrillos. En otras ocasiones muestran un alma negra, efecto de la combustión lenta de los elementos orgánicos del adobe. Están elaborados con una arcilla que cuenta con un importante componente calizo o gredoso que a veces les confiere una tonalidad blanquecina. No todos ellos tienen la misma caja, sino que responden al menos a tres modelos de mecal diferente. Las medidas más repetidas son 15/16 x 13/14 x 8/9 cm (largo, ancho y alto), pero también encontramos otros ejemplares más gruesos (11 cm) y más anchos (15 cm), y otros con mayor volumen (16 x 18 x 10 cm). Los distintos módulos comparcen dentro de los mismos derrumbes, e incluso dentro de un mismo lienzo -como ocurre en el muro septentrional de la Vivienda 1-, una circunstancia que puede estar hablándonos de la costumbre de reutilizar este material de construcción, reaprovechando viejas construcciones derruidas.

Interesantes son también los acabados que presentan estos adobes. Todas sus caras se encuentran alisadas torpemente o muestran las huellas de las astillas de la caja de madera en la que fueron confeccionados; pero la cara superior suele, con mucha frecuencia, exhibir huellas digitales que la atraviesan en distinta dirección: de forma longitudinal, transversal, formando retícula o con una gran aspa cruzada en el centro. Tal procedimiento, conseguido con simples pasadas de los dedos de la mano, se ha mantenido en los albañiles tradicionales hasta nuestros días y tiene la función de “estriar” la superficie buscando que la masa utilizada para su fijación agarre con mayor facilidad. Este mismo fin debieron tener las marcas en positivo localizadas en el canto de uno de los adobes, en este caso para procurar su arraigo dentro de la misma hilada.

El tapial, una técnica de construcción más que un elemento constructivo, consiste en la elevación de tabiques o paredes gracias a un encofrado de madera que se rellena en su interior con barro mezclado igualmente con paja trillada. Una vez seco éste se retiran las tablas quedando la estructura a la vista. En muchas ocasiones los muros así elaborados se acompañan de armazones de postes colocados a tramos y embutidos en el barro, lo que procura una mayor estabilidad de la estructura. En el caso de las viviendas de Vertavillo hemos encontrado abundantes trozos de tapial e, incluso, el arranque de un tabique fabricado con esta técnica, aquel que separa la habitación principal del vivienda 2 de su cobertizo. En este último caso se ha podido comprobar la presencia de los listones de madera aún conservados en la parte baja del zócalo, por debajo del suelo, mientras que por encima del mismo sólo se observaba su impronta con una disposición horizontal y distintos resaltes que rellenarían las irregularidades de la caja. Por otra parte, entre los derrumbes se encuentran también grandes fragmentos de barro con la huella de postes de madera o el negativo de esquinas perfectamente escuadradas.

Tanto los adobes como los tapiales ostentan en ocasiones, que no son en modo alguno escasas, restos de revestimientos que se confeccionan mediante el aplique de una capa de barro más decantado y fino, igualmente mezclado con paja, con un grosor entre 1 y 5 cm, y que regularizan la superficie visible de las paredes, sobre todo en su cara interna. Alguno de estos enlucidos incluye un importante componente calizo y una coloración completamente blanca, mientras que otros son más arcillosos y marrones, no faltando en ocasiones la aplicación sobre ellos de una fina capa de “enjalbegado” o “pintura” de color blanco o amarillento.

Para los suelos, por su parte, se ha utilizado un tipo de mortero arcilloso con caliches (calizas machacadas) que se asienta sobre un preparado de arcilla, a veces mezclada con cantos de caliza, y que se cubre con una fina capa de barro más decantado que aparece tremendamente endurecida por la acción del fuego.

Otro tipo de mortero, peculiar por ser la primera vez que se documenta un preparado de estas características, se utiliza para la cimentación del muro septentrional de la Vivienda 1. Se trata de un compuesto en el que se mezclan gredas, caliches (calizas machacadas o cal) y pequeñas piedras de caliza; una especie de calicanto primitivo que muestra la peculiaridad de añadir también un buen número de restos cerámicos y de haber sido vertido sobre una capa de cenizas incandescentes. Este último particular, apreciable no sólo por el nivel gris infrayacente sino también por la peculiar vitrificación de la parte baja del mortero a consecuencia de la fusión de los elementos silíceos y calizos, confiere al cimiento una extrema dureza y, por lo tanto, las condiciones de resistencia que se exigen a un soporte que va a recibir un muro de grandes proporciones como es el que sujeta.

Por último, y dentro de los morteros o argamasas, hemos de hacer mención a los revestimientos de algunos hoyos de los documentados en el yacimiento, cuyas paredes aparecían aplicadas con una masa gredosa con piedras calizas y cantillo que tenía como finalidad el aislamiento de la cavidad interna.

Por supuesto no hay que despreciar, como uno de los principales materiales constructivos, la madera, que se usaría en pies derechos de sujeción, en postes de apoyo para las paredes, en los armazones de los tabiques de tapial y en las techumbres; sin embargo, y a pesar de contar con algunos ejemplares bien conservados, se trata de un material que es fácil pasto de las llamas y cuya conservación se relega a determinadas condiciones que no siempre se cumplen.

En cuanto a la estructura de las viviendas nos enfrentamos con el inconveniente de tratarse, en todos los casos, de ambientes parciales. A pesar de ello podemos asegurar que nos encontramos ante construcciones de planta ortogonal, y a todas luces cuadrada o rectangular, puesto que todos los muros identificados ofrecen tramos rectos y, pese a no llegar a conectar unos con otros, su relación muestra una tendencia claramente escuadrada -aunque en la Vivienda 1 la esquina es ligeramente apuntada, con un ángulo menor a los 90°. Las paredes se asientan, como hemos dicho, sobre someros cimientos de pequeñas piedras calizas de tendencia plana unidas en seco, alineadas en una sola hilera, que no levantan más de una hilada y que presentan perfiles irregulares salvo

en la esquina de la Vivienda 3. Este tipo de basamento, sin embargo, se sustituye en el caso del muro norte de la primera estructura por un echadizo de mortero de barro compactado con cal. Los alzados se realizan bien con adobes, dispuestos a soga en varias hileras en el muro septentrional de la Vivienda 1, bien con adobes y tapial en el resto de los casos. Casi siempre son estrechos, salvo el mencionado muro que por encontrarse orientado directamente a un espacio exterior muestra un mayor desarrollo en anchura. Sólo hemos encontrado *in situ* parte de este último lienzo y un tramo del tabique interno de la Vivienda 2, en el resto de los casos se reconoce su presencia por los derrumbes que, con distinta entidad, cubren los cimientos y los niveles de suelo inferiores. Gracias a aquellos, a la potencia y al desarrollo de los escombros caídos, podemos intuir que las paredes no debieron ser muy elevadas y, por lo tanto, que los edificios contaban con una sola planta. Algunos muros se encuentran complementados por hoyos de poste, que se sitúan alineados con las piedras del cimiento y que reforzarían la pared recibiendo el peso de la techumbre.

Por lo que se refiere a la ordenación interna, se repite en las dos primeras viviendas un mismo modelo caracterizado por mostrar unas grandes dimensiones -con muros que alcanzan hasta 8 m de longitud- y por organizar el espacio en dos ambientes diferenciados: una estancia principal, delimitada por muros como los descritos, y un cobertizo o habitación aledaña que confecciona su pared exterior a partir de postes. En las habitaciones se reconoce, con mayor o menor éxito en función de las condiciones de conservación, un suelo de barro endurecido que se asienta sobre un preparado de arcilla compactada con calizas machadas y algunas piedras de pequeño tamaño. Este pavimento, que pudo adquirir una mayor consistencia al sufrir un elevado calentamiento durante el incendio que acabó con ambas casas, se acompaña en la Vivienda 1 de dos grandes losas planas de caliza junto al cimiento del muro este, elementos que funcionarían como una especie de recibidor o entradero. En el caso de la Vivienda 2, donde existían dos niveles de suelo de idénticas características, se reconoce en el centro de la habitación principal un hoyo-silo con las paredes revestidas de una argamasa arcillosa. En ambas viviendas y pese al escaso espacio excavado en cada una de ellas, se trata de habitaciones de grandes dimensiones en las que, sin embargo, no se intuyen ninguna compartimentación, ni por elementos estructurales ni por los restos materiales hallados en superficie.

Las estancias adosadas, que se sitúan en la primera vivienda paralela al muro este y en la segunda en línea con el muro sur, se configuran como espa-

cios alargados y estrechos (en torno a los 2 m) y no tienen suelos tan elaborados como los anteriores. En este caso se trata de simples pisos terreros, más o menos compactados, delimitados hacia el exterior por una serie de hoyos de poste más o menos alineados y paralelos a la pared de la habitación principal. En estos espacios es, por otra parte, donde más evidentes son las huellas del incendio, mostrando un claro nivel de cenizas bajo el derrumbe. Todas estas características nos han llevado a imaginar para los mismos un alzado fundamentalmente a partir de troncos y ramajes, donde los materiales constructivos de barro y piedra estaban ausentes. Se trataría, por lo tanto, de una especie de cobertizo o cuadra, semiabierto, cuya finalidad pudo ser la de servir como despensa o área de almacenaje. A esta conclusión se llega fácilmente siguiendo el registro arqueológico y a través del estudio del material, puesto que sobre su suelo, particularmente en el caso de la Vivienda 2, se han localizado contenedores cerámicos de gran tamaño -muchos de cuyos fondos umbilicados permanecían in situ-, así como otros más pequeños que, a juzgar por la presencia de clavos y trozos de madera carbonizada, debieron haber estado colocados sobre baldas colgadas en las paredes.

Más allá de estos cobertizos de madera, se reconoce también en las dos primeras viviendas un área sin estructuras construidas y tan sólo algunos hoyos-basurero excavados en el substrato, que sirve de tránsito entre los distintos espacios domésticos. No creemos que tales vacíos tengan que ser identificados con espacios públicos o viales secundarios sino más bien con zonas de "corral", posiblemente delimitados por los muros de varias casas y vinculados a alguna de ellas.

Fuera de este modelo de vivienda quedaría la tercera de las estructuras domésticas, una casa de menores dimensiones pero igualmente cuadrangular, cuyo estado de conservación, prácticamente arrasada en su sector noroeste, impide comprobar la existencia de cobertizos o despensas aledañas como las descritas anteriormente. En este caso, sin embargo, y a pesar de no haber localizado un pavimento de arcilla compactada como en las otras, contamos con un hogar elaborado con trozos de adobe, arcilla y una placa de barro sobre una cama de cantos de caliza y cerámica.

El problema que se nos plantea a la hora de interpretar esta estructura se encuentra en su correspondencia temporal con las otras dos, puesto que existe una desconexión entre ellas provocada por el desmantelamiento erosivo de los estratos superficiales. En líneas generales observamos que la base de los muros se encuentra a una cota en torno a los 50 cm por encima del suelo de la Vivienda 2, sin embargo, también hemos de tener en cuenta que este desnivel

no es mayor que el mostrado entre esta y la más septentrional (Vivienda 1), por lo que consideramos posible que tal realidad sólo sea reflejo de un caserío escalonado y adaptado a la pendiente de la ladera. En este caso, habría que aceptar la contemporaneidad de las tres estructuras domésticas, aunque la más meridional no tiene las mismas dimensiones que las otras dos, así como que la incomparecencia del muro occidental se debe a su desaparición, ocurrida al mismo tiempo y por las mismas causas que la de los sedimentos mencionados.

A pesar de no estar vinculado a la Vivienda 1, sino a los estratos domésticos previos a la misma, sólo documentados parcialmente bajo esta casa y bajo la acera de piedras, hemos de hacer referencia a la existencia de un gran hoyo de boca circular que alcanza los 3 m de diámetro en superficie y 1 m en el fondo, así como una profundidad de algo más de 1 m. Sus dimensiones impiden asociarlo con los típicos hoyos basurero habituales en el yacimiento, sin embargo, consideramos posible que su construcción respondiera a motivos similares a los de aquellos, es decir, que estuviera destinado en origen al almacenamiento para acabar, como sus congéneres de menor tamaño, cegado con escombros y basuras. En este sentido, y por su tamaño, podríamos relacionar esta estructura con los “sótanos” o “semisótanos” detectados en algunos yacimientos de este mismo momento. No tienen correspondencia, por supuesto, con las grandes habitaciones subterráneas halladas en Tiermes, o con la descubierta en Roa¹², pero sí podríamos paralelizarla, a pesar de que allí muestran una forma cuadrangular y una mayor profundidad, con algunos rebajes artificiales de la roca localizados en Numancia y en Roa (Sacristán, 1986: 148), con los denominados “fondos de cabaña” de Saldaña (Pérez Rodríguez, 199: 286) o con un hoyo, también de grandes dimensiones y de difícil interpretación, localizado en Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 317).

Bien poco es lo que se puede apuntar sobre las cubiertas de estas viviendas, puesto que no tenemos huellas claras de su naturaleza. A pesar de todo, creemos que las casas debieron contar con una techumbre vegetal soportada por un entramado revestido de paja y barro. Dicha estructura descansaría directamente sobre los muros de adobe y tapial y sobre los postes o pies derechos de madera que los acompañan. En este sentido, carecemos de datos suficientes para decir si este techado tuvo una o dos vertientes, aunque algunos indicios podrían ayudar a esclarecer esta incógnita. Por ejemplo, la amplitud de la Vivienda 2,

¹² Nos referimos a una habitación subterránea excavada por nosotros mismos en 2000 en las “Las Eras de San Blas” dentro de una gran vivienda y que se encontraba en perfecto estado de conservación.

que ha de tener una anchura mínima de cinco metros, recomienda el uso de un tejado a dos aguas, pese a no haber encontrado en el suelo superior de la casa ningún hueco de poste que pudiera sujetar el caballete central. Es posible que las citadas huellas se encuentren fuera del área de excavación, puesto que en el piso inferior de la misma vivienda sí documentamos uno de estos postes; o que, a pesar de todo, la estancia descrita tuviera una sola vertiente. Por otro lado, paralelos y cercanos al muro oeste de esta misma estructura doméstica hemos encontrado dos pequeños hoyos circulares que pudieron haber servido para sujetar un pequeño alero independiente, el cual protegería la fachada de las inclemencias del tiempo.

Hasta el momento la información publicada sobre excavaciones realizadas en el interior de poblados vacceos no es muy numerosa, puesto que, en la mayoría de los casos las intervenciones se reducen a la apertura de sondeos de escasas dimensiones que, pese a proporcionar una interesante lectura estratigráfica, no permiten la caracterización completa de las estructuras arquitectónicas exhumadas.

Una notable excepción a este carácter parcial de los registros supone la exhumación completa de una vivienda de esta misma época en Las Eras de San Blas, dentro de la antigua ciudad vacceo-romana de *Rauda*, en la actual Roa (Burgos). En este punto, y gracias a cuatro campañas de excavación sucesivas llevadas cabo por nosotros mismos, se ha sacado a la luz una estructura doméstica pendiente aún de publicación (Abarquero y Palomino, 2003), de la que podemos avanzar que tiene una planta rectangular de 15 m de largo por 5 m de ancho, un pórtico de acceso en la fachada oriental, una gran estancia principal que ocupa la mitad de su superficie, una cocina en la parte central y tres habitaciones más pequeñas en el fondo. Una de estas últimas, situada en la esquina de la vivienda, se complementa con un sótano de 2 m de ancho, 2 m de largo y 2 m de profundidad, excavado en el suelo y reforzado por ocho postes embutidos en las paredes. Los muros de la casa son de adobe y tapial asentados sobre vigas de madera, revocados con barro y complementados con postes incrustados en ellos o paralelos a los mismos por la parte interior o exterior. El edificio, que fue destruido por un violento incendio y perjudicado por rebuscas y ocupaciones posteriores, ofrece en su interior una valiosísima información acerca de las actividades domésticas y ha sido datado, en función del análisis tipológico de los materiales cerámicos, en torno a mediados del siglo II a.C, unas fechas que coinciden, como veremos, con las propuestas para Vertavillo.

Especialmente interesantes nos parecen así mismo los restos habitacionales que están siendo exhumados en el poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero, identificado con la vieja ciudad vacceo-romana de *Pintia*; primero por tratarse también en este caso de una excavación en amplitud que permite una mejor documentación de las estructuras, segundo por ser uno de los pocos yacimientos vacceos objeto de un estudio científico moderno e interdisciplinar, y tercero por mostrar toda una serie de coincidencias con los restos de Las Chozas. En las recientes excavaciones del asentamiento vallisoletano (Centeno *et alii*, 2003: 74-84) han aparecido varias estructuras domésticas de madera y barro en dos puntos de la zanja explorada. En todos los casos, los restos aparecen cubiertos, como en nuestro yacimiento, por derrumbes de adobes, tapial y revocos con improntas de maderas y postes. Del mismo modo, bajo los mismos se localizan cerámicas aplastadas y huellas inequívocas de fuego, aspectos que denuncian una destrucción violenta y un abandono precipitado del poblado. Las viviendas de las cuadrículas E1 y F1, pese a no estar completas, presentan algunas semejanzas con las descubiertas en Vertavillo. Al igual que aquellas se dotan de pisos de arcilla compactada y muros de escasa anchura levantados con adobes o con tapial y reforzados por vigas transversales y postes verticales. Son de grandes dimensiones, tendencia ortogonal y cuentan al menos con una gran sala principal y con una despensa identificada a través de la presencia, en este caso, de vasijas de almacenamiento con trigo carbonizado y de hoyos con aperos de labranza. La vivienda de la cuadrícula A1 de Padilla es mucho más complicada, no se conocen todos sus límites y desvela estructuras en las que conviven las actividades domésticas con otras artesanales (hornos y telares), aunque los elementos constructivos principales, suelos y muros, responden a las mismas características.

Prolijos son también los datos sobre estructuras domésticas recabados en las distintas excavaciones de la ciudad de Coca (Segovia), allí las construcciones vacceas están hechas con adobes desde los cimientos, sin que aparezcan los zócalos de piedra, y los muros están reforzados por troncos de madera dispuestos tanto en horizontal como en vertical. Las caras internas de las paredes se enfoscan con un enlucido de barro más fino que luego se pinta de blanco. Los suelos se confeccionan con tierra apisonada o barro endurecido por medio de fuego, y en los momentos más avanzados se refuerzan con una cama de trozos de cerámica. Entre las paredes y el suelo se observa un rodapié redondeado de barro. Por su parte, las techumbres están construidas con armazón de madera cubierto con ramas fijadas mediante un sistema de cuerdas y pondera de gran tamaño. Son viviendas de una sola planta a juzgar por la estre-

chez de los muros y, pese a no contar con ninguna completa, podemos asegurar que están compuestas por varias habitaciones que se comunican entre sí mediante vanos. (Blanco, 2003: 83-84).

Las demás intervenciones sobre áreas habitacionales vacceas han sido, como ya se ha dicho, muy parciales. Sondeos o zanjas que, como en nuestro caso, nos proporcionan información incompleta y sesgada. Pese a ello y recopilando datos aislados podemos decir que las estructuras domésticas exhumadas en Vertavillo responden a patrones ya comprobados en otros poblados vacceos como Roa en Burgos (Sacristán, 1986: 147-149), Cuéllar (Barrio, 1993: 207-209) y Coca (Romero, Romero y Marcos, 1993) en Segovia, o Padilla de Duero (Gómez y Sanz, 1993: 340-343), El Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 200 y 213), Montealegre del Castillo (Heredero, 1993: 292-299) y Melgar de Abajo (San Miguel, Arranz y Gómez, 1995; Cuadrado y San Miguel, 1993: 314-324) en Valladolid. En estos lugares son frecuentes los trazados de muros de adobe o tapial de disposición ortogonal, directamente apoyados sobre el terreno la mayoría de las veces o encima de zócalos de piedra en otros ejemplos. En este sentido hemos de recordar la convivencia en algunos de estos poblados de plantas rectilíneas y circulares u ovaladas, caso de Melgar, Montealegre o El Soto, razón por la que no podemos descartar que estos dos modelos domésticos estén también presentes en Vertavillo pese a que por el momento no se hayan documentado.

La identificación de recintos diferenciados se ha intuido en estas pequeñas intervenciones a través de la presencia de lienzos que compartimentan los espacios interiores, a veces construidos después de la instalación de los suelos, y se confirma en la excavación de Las Eras de San Blas de Roa y en la del poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero. La muestra es todavía escasa, pero empezamos a estar en disposición de poder abandonar, sin gran miedo a equivocarnos, el ideal esquema tripartito defendido a partir de contextos culturales vecinos. Sin entrar en el análisis detallado de este interesante aspecto de la arquitectura vaccea, podemos decir que los datos obtenidos en Vertavillo ayudan a diferenciar claramente, sin descartar que pueda haber alguno más, dos ambientes dentro del espacio doméstico: uno diáfano y limpio, usado como estancia principal, y otro que, por el hallazgo de determinados restos materiales -vasos contenedores y huellas de estantes de madera-, así como por la localización de estructuras de almacenamiento, con toda probabilidad pueden ser interpretadas como despensas o áreas de procesado de alimentos. Esto último no puede extrañarnos, puesto que la presencia de habitaciones entendi-

das como almacenes se observa también en Cuéllar (Barrio, 1993: 207-209), donde se han reconocido silos construidos con adobe; en Padilla de Duero, tanto en el nivel I a de intervención de 1985 (Gómez y Sanz, 1993: 343, 345-347), en el que se descubrieron igualmente silos aéreos, como en las nuevas excavaciones actualmente en curso, y en el poblado de El Soto de Medinilla de la capital vallisoletana.

En cuanto a los muros de las viviendas, lo más habitual es que se construyan con adobe o tapial sin cimentación, como ocurre en Roa, Padilla o Montealegre, aunque en otros casos se apoyan sobre basamentos de piedra caliza de cierta consistencia (Cuéllar). En ninguno de los ejemplos citados, sin embargo, aparecen los endebles cimientos de mampuestos irregulares alineados en una sola hilera y con una simple hilada hallados en Las Chozas, ni tampoco la curiosa solera de mortero utilizada para asentar el muro de adobes de la Vivienda 1. No hemos constatado, como empieza a ser habitual en Roa y Padilla en las últimas excavaciones, la aparición de grandes o pequeñas vigas incrustadas en zanjas que sirven de cimiento a las paredes, tanto interiores como exteriores, aunque la tabla descubierta en la base del tabique interno de la Vivienda 2 de Vertavillo, interpretada como parte del encofrado, podría estar también vinculada a este tipo de basamento. Más habituales son los revestimientos o enlucidos sobre las paredes, los cuales comparecen en todas las estaciones mencionadas, apuntándose en alguna de ellas incluso la posibilidad de que aquellos fueran a su vez pintados, caso de Roa (Sacristán, 1986: 147).

Una práctica habitual parece ser la utilización de postes embutidos dentro de los propios tabiques de adobe o tapial, caso de Padilla o El Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 200). En Vertavillo, por su parte, este procedimiento sólo puede apuntarse con claridad en el muro occidental de la Vivienda 2, donde existe un hoyo de poste perfectamente alineado con el cimiento. En este caso, además, se da la circunstancia de que el madero sólo ocupaba la parte central de una gran perforación cilíndrica, rellena con posterioridad con greda y piedras para consolidar su instalación. Este procedimiento nos recuerda al descrito por Escudero (1995: 200 y 213) para el poblado de la segunda Edad del Hierro de El Soto de Medinilla, aunque en aquel caso la colmatación del hueco sobrante se hace en unos casos con tierra suelta y cantos rodados y en otros con piedras trabadas. En Montealegre, Heredero (1993: 293) nos describe otro hoyo de poste cuyo borde se encuentra enlucido mediante una mezcla de arcilla y caliza machacada de tonalidad blanquecina cuyo aspecto debió ser muy similar al localizado en nuestra Vivienda 2. La misma solución la hemos encontrado también en los dos postes asociados a la Vivienda 3, donde ambos

maderos se hallaban dentro de un mismo hoyo relleno por una tierra arcillosa y de color blanquecino. Más habitual resulta el calzado del poste asociado al primer suelo de la Vivienda 2, donde el leño se veía rodeado por una serie de pequeñas piedras calizas.

Los suelos de las dos primeras viviendas de Vertavillo son muy comunes en los contextos vacceos que estamos repasando. Pese a que no siempre presentan una configuración exacta, los pavimentos son generalmente muy horizontales y en su composición entran en juego una capa de preparación y una solería más fina de arcilla, tierra apisonada o cal. Podemos asegurar que los pisos de Las Chozas son idénticos a los localizados en la inédita casa de Las Eras de San Blas de Roa (Abarquero y Palomino, 2003) y a los de las viviendas exhumadas en las nuevas excavaciones de Padilla de Duero (Centeno *et alii*, 2003) -una circunstancia mucho más evidente por haber sufrido, en los tres casos, un violento incendio que terminó por cocer la arcilla de la superficie-, aunque difieren de otros, como los de Melgar de Abajo o los hallados en 1988 en El Soto de Medinilla, al no mostrar en su base una capa de guijarros de río, sustituido aquí por un echadizo de arcilla apisonada mezclada con caliches y pequeñas piedras de caliza, una circunstancia sólo atribuible a las condiciones geológicas del terreno y a la escasez de cantos rodados del entorno.

Esta última precariedad es la misma que hace que el único hogar excavado *in situ* en nuestro yacimiento tenga en su cama una solera de cantos de caliza y no de guijarros, como ocurre en los poblados vacceos mejor conocidos; un aspecto que, sin embargo, no lo hace muy diferente. Al igual que en aquellos casos cuenta con una placa de arcilla cocida por el fuego, la cama inferior se acompaña -como ocurre en el Barrio de Tardumeros en Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 322)- de fragmentos de cerámica que sirven como elemento refractario, y en sus bordes incluye trozos de adobe que lo delimitan de la misma manera que en uno de los exhumados en Coca (Romero, Romero y Marcos, 1993: 228). Por otra parte, la presencia de piedras calizas en la base de hogares vacceos se conoce en tres de estas estructuras excavadas en la Plaza Mayor de Simancas (Quintana, 1993: 72-78). Sin embargo, la verdadera peculiaridad del fuego de Vertavillo radica en la aparición dentro de la solera de una peculiar torta de barro cocido de forma ovalada imitando a los cantos de río y que hemos interpretado como un elemento sustituto de aquellos destinado a propiciar la acumulación y el mantenimiento del calor.

Antes de finalizar con el análisis de las estructuras domésticas queremos incluir en el mismo algunas referencias sobre la presencia de los hoyos-basurero y de los silos. La excavación intencionada de pequeños pozos destinados a albergar los desechos domésticos cotidianos es una posibilidad apuntada por Escudero (1995: 212), quien considera que éstos últimos serían una solución distinta a la de los grandes vertederos que configuran los habituales cenizales que rodean los poblados vacceos y que responderían a desescombros o remodelaciones del hábitat. En el caso de Vertavillo, la localización de gran parte de estos pequeños hoyos, que podrían ser limpiados de forma periódica o ser sellados tras su saturación, precisamente en las áreas interdomésticas, fuera del espacio en el que se habita, podría ser un aval que apoyara su interpretación como colectores de desperdicios.

Sin embargo, otros pozos de mayores o menores dimensiones han de ser entendidos como silos de almacenamiento, estén o no posteriormente amortizados con derrumbes o desperdicios. Este debió ser el caso del gran hoyo reconocido bajo la Vivienda 1 y sobre el que ya reflexionamos en el momento de su descripción. Pero también creemos que sirvieron como contenedores de grano algunos pocillos localizados en el suelo de los cobertizos o despensas de las Viviendas 1 y 2, así como el localizado en el interior de la segunda, el cual contaba además con un revestimiento de greda blanquecina que pudo servir de aislante.

Al hilo de estas apreciaciones, hemos de recordar la presencia de una estructura simple de adobes, localizada en el cobertizo-despensa de la Vivienda 2, en cuyo interior se hallaba el fondo umbilicado de un recipiente de almacenamiento que nosotros hemos interpretado como una "cantarera" y que podría estar relacionada con otros receptáculos parecidos, generalmente adosados a las paredes de las estancias e interpretados como silos o despensas hallados en Padilla de Duero (Gómez y Sanz, 1993: 340-344), en Montealegre (Heredero, 1993: 287-288) y en El Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 213), todos ellos de pequeñas dimensiones aunque con una estructura algo más estable y sólida que la imaginada para nuestro caso.

Estructura Urbanística

Los inconvenientes que para la definición interna de las viviendas supone un área de excavación de amplio desarrollo longitudinal se convierten en ventajas para el estudio de la organización urbanística, puesto que gracias a este trazado podemos apuntar algunos datos sobre la ordenación de aquellas

estructuras dentro del poblado. Pese a que la estrechez de la zanja excavada coarta un poco nuestras aspiraciones, podemos decir que se intuye la existencia de una calle o vial de cierta entidad, con una acera de grandes piedras que discurre con una orientación este/oeste. Las viviendas se disponen al sur de este espacio público, perfectamente alineadas y orientados sus muros a los cuatro puntos cardinales. Entre ellas se observan espacios vacíos que interpretamos como “áreas de corral”, es decir, espacios de uso privado vinculados a alguna de las viviendas que delimitan. La trama urbana, por lo tanto, parece que se ordenaría a través de ejes longitudinales a los que probablemente se añadirían otros transversales que configuran manzanas de viviendas, las cuales, sin embargo, no se adosan unas a otras, sino que se disponen de forma aislada entre espacios vacíos de uso privado o público.

La separación entre las distintas unidades de habitación era un dato ya conocido en el poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero desde la excavación de 1988 (Gómez y Sanz, 1993: 338) y corroborado en las últimas campañas (Centeno *et alii*, 2003), aunque en aquellos casos el espacio interdoméstico es relativamente estrecho, entre 50 y 60 cm, y es interpretado como una servidumbre más que como una zona de paso. Pese a ello, su organización parece mostrar un mismo sistema ortogonal en el que deben estar presentes también los viales de trazado longitudinal.

La escasez de intervenciones arqueológicas dentro de los poblados vacceos y las reducidas dimensiones de los módulos de excavación abiertos han limitado la aparición de espacios claramente identificados con un uso público. Sin embargo, en El Soto de Medinilla se han exhumado superficies enguajarradas que se disponían al exterior de las estructuras domésticas y que han sido explicadas como restos de calles (Escudero, 1995: 213). Pavimentos igualmente exteriores y fabricados con un conglomerado de pequeñas piedras calizas unidas en seco sobre un preparado de arcilla han merecido la misma interpretación en Montealegre (Heredero, 1993: 294). Más claros se muestran, por lo demás, los restos de una calle en Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 315), formada por un pavimento de pequeños guijarros trabados con argamasa de barro, de sección cóncava y con la zona central recorrida por un pequeño regato destinado a canalizar las aguas. A ambos lados, marcando un pequeño escalón, se encontraron las aceras, constituidas esta vez por guijarros y piedras calizas. Esta última estructura, más por su identificación funcional que por sus características constructivas, se puede paralelizar con la aparecida en Vertavillo, donde, sin embargo, no se ha localizado pavimento de la vía pública y donde la acera parece ser el elemento de mayor consistencia. Recien-

temente se han excavado los posibles restos de otra calle empedrada junto a una cabaña en los niveles de la segunda Edad del Hierro del sector VI de *Dessobriga* (Melgar de Fernamental/Osorno), una ciudad reconocida por las fuentes y situada entre las provincias de Burgos y Palencia, en los confines nororientales del territorio vacceo y en su límite con los turmogos (*Misiego et alii*, 2003: 89). También en Coca (Segovia) se habla de una calle de dos metros de anchura, orientada de nordeste a sureste y que era de simple tierra. Otros rasgos del urbanismo de este enclave meridional vacceo son la constatación de manzanas de casas cuadradas o rectangulares adosadas unas a otras, la presencia de construcciones aledañas a la vivienda destinadas al almacenamiento - caso de los silos circulares forrados con adobes-, y la existencia de amplios espacios abiertos en el interior del poblado (Blanco, 2003: 83).

Nada de lo conocido recuerda, sin embargo, a la canalización localizada en nuestro yacimiento entre el muro de la Vivienda 1 y la acera de piedras y que hemos entendido como un desagüe destinado a recoger las aguas vertidas desde el edificio. Únicamente el pequeño regato que recorría el centro de la calle de Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 315) ha sido interpretado con una finalidad muy parecida a la por nosotros propuesta.

La configuración urbanística de los poblados de la segunda Edad del Hierro es una realidad contrastada en espacios vecinos, caso del yacimiento de La Hoya en Álava (Llanos, 1995: 302) o el recientemente excavado enclave de La Corona/El Pesadero, en Manganeses de la Polvorosa (Zamora). Este último, que se sitúa cerca de la frontera vaccea pero ya dentro del ámbito astur (*Misiego et alii*, e.p.), ha permitido reconocer una trama urbana reticulada con viales dispuestos de este a oeste y de norte a sur, con manzanas de casas que son en una primera fase circulares para adoptar en la segunda una planta rectangular con fachadas dotadas de vestíbulo y abiertas a las calles.

En territorio celtibérico el urbanismo de calle central se introduce muy pronto (Lorrio, 1997: 103-110), estando ya presente en poblados de la primera Edad del Hierro como en El Ceremeño. Durante la segunda Edad del Hierro en lugares como Castilmontán y Los Castellares de Herrera de los Navarros, las viviendas se abren a una calle o plaza y se adosan entre sí y a la muralla en su parte trasera. En la fase más reciente de El Ceremeño de Herrera las casas se estructuran en torno a dos calles paralelas de dirección este/oeste. Por otra parte, los poblados de mayores dimensiones ofrecen un urbanismo más complejo, con un mayor número de viales, como ocurre en Ventosa de la Sierra o Castrillo de Oceanilla, destacando la ciudad de Numancia con su trazado hipodámico.

El modelo ortogonal se aplica también en La Caridad de Caminreal (Lorrio, 1997: 107), un enclave situado en el valle del Jiloca que ofrece una estructura con calles perpendiculares entre sí carentes de enlosado aunque provistas de aceras y canales de captación de aguas, datos ambos que recuerdan -y no sólo por su función, sino también por sus características- a los datos obtenidos en el conjunto estructural 1 de Vertavillo.

El reducido alcance de las excavaciones sobre los poblados vacceos -del que se salvan sólo unos pocos ejemplos- para dilucidar su estructura urbana quiere ser solventado por los trabajos de arqueología aérea, la cual, pese a los inconvenientes que soporta -no podemos olvidar que el negativo obtenido desde el aire plasma una realidad acumulativa del paisaje fósil, es decir, registra en un plano muy similar huellas dejadas en distintos momentos- y gracias a los distintos métodos empleados -fotografía vertical, fotografía oblicua, de infrarrojos...-, ha permitido restituir algunos trazados en estaciones vacceas como Las Quintanas de Padilla de Duero, los pagos de Zorita y Las Quintanas en Valoria la Buena, Nuestra Señora de Tiedra o El Teso del Castro en Torrelobatón (Olmo y San Miguel, 1993), donde parece confirmarse la existencia de viales internos de cierta envergadura en torno a los cuales se organizan las estructuras de habitación.

La fotografía aérea ha contribuido también en nuestro yacimiento al conocimiento de la estructura urbana. En primer lugar, hemos de referirnos a una fotografía vertical del Instituto Geográfico Nacional tomada en 1985 (Vuelo Nacional, Esc. 1:30.000, H.M.N. 312 G, nº 11) -obtenida en un momento en el que las tierras de labor están roturadas-, en la que podemos ver, justo en el área ahora excavada, una línea diagonal destacada en el terreno por su color blanquecino, que se complementa, además, con otra línea de similares características y de trazado perpendicular. La primera de estas tramas viene a coincidir, en orientación y disposición, con la acera de grandes piedras calizas identificada en la excavación, mientras que la segunda queda fuera del área intervenida. Estas huellas parecen apuntar la existencia, al menos en este sector, de un plan urbanístico medianamente ordenado y meditado (Fig. 11).

En el año 2001 la empresa Strato, en aras de completar el inventario arqueológico de la provincia de Palencia, encarga a J. del Olmo la realización de un vuelo sobre el yacimiento destinado a la obtención de fotografías aéreas que complementen la prospección superficial del terreno. En esta ocasión (Olmo, 2004) las tomas se realizan desde un plano inclinado y en un momento en el que se ha iniciado el crecimiento del cereal en las parcelas de cultivo, cuando las evidencias estructurales se hacen más perceptibles a través del cre-

cimiento diferencial y de la dispar coloración de la vegetación. Sin embargo, hemos de lamentar que las dos fotografías publicadas no abarquen la zona en la que se practicó nuestra excavación¹³, por lo que no podemos certificar la intuición obtenida a partir de la vieja imagen vertical descrita. La exploración en este caso se centra en los pagos de Las Lindes y de Las Eras de Arriba, es decir, en el sector noroccidental del yacimiento. En el mismo se observó la existencia de hasta diez trazas lineales de disposición norte/sur, con un trazado de cierta irregularidad -los tres más occidentales, por ejemplo, se curvan hacia el este en su extremo meridional-, de longitudes muy variadas, entre los 40 y los 150 m, y ordenados de forma paralela con una separación entre 20 y 25 m.

El autor de las fotografías ha querido ver en estas huellas el recuerdo de un trazado urbanístico de tipo indígena, no romanizado, donde la irregularidad del trazo y la ausencia de viales transversales no es infrecuente según certifican sus prospecciones. También se pueden observar en el pago de Las Lindes toda una serie de trazos cortos perpendiculares a las citadas calles que del Olmo piensa, apoyado por el carácter ortogonal de las viviendas por nosotros excavadas, que podrían corresponderse con los muros de las edificaciones antiguas.

En definitiva, parece bastante clara la existencia de una ordenación urbana, demostrada tanto por la combinación de los datos obtenidos de la excavación y de la primera fotografía aérea, como por el detallado análisis de los vuelos posteriores.

Por el momento, no hemos identificado en el yacimiento vacceo de Vertavillo una línea de muralla o perímetro defensivo alguno que delimite claramente el área del poblado, aunque un análisis pormenorizado de la fotografía aérea y una más detallada prospección del yacimiento podrían proporcionarnos algunos datos en este sentido. Pese a ello creemos poder afirmar que el área excavada se corresponde con una zona marginal o límite, es decir, con un espacio situado cerca de los confines septentrionales del caserío vacceo. Esta intuición se basa, sobre todo, en observaciones superficiales del yacimiento y en el seguimiento de los trabajos mecánicos que, a posteriori, se han realizado para ultimar los trabajos de acometida de agua. En el primero de los casos se observa, de forma general, una reducción de los restos cerámicos a medida que avanzamos hacia el norte y nordeste del lugar intervenido, disminuyendo de la misma forma la coloración oscura del suelo. Más allá todavía, en el pago de

¹³ Tampoco las depositadas en el Servicio Territorial de Cultura de Palencia alcanzan el pago de Las Chozas.

Camino de Castrillo, por otra parte, se desarrolla un cenizal de los que habitualmente quedan convenientemente segregados del área de las viviendas. En cuanto al seguimiento realizado de la zanja de acometida con posterioridad al término de la campaña de excavación, hemos podido comprobar que tanto al norte como al sur del área excavada no se ha afectado a otras estructuras domésticas y que, por lo tanto, se podría confirmar la hipótesis planteada.

Valoración Cronológica

Llegado el momento de enfrentarnos a la obligada contextualización cronológica de los restos recuperados en Vertavillo hemos de recurrir, como en la mayoría de los casos, a argumentos de raíz tipológica, por cuanto no contamos aquí ni con referencias documentales ni, por el momento, con fechas radiocarbónicas. Nos centraremos, por lo tanto, en las consideraciones cronológicas que seamos capaces de extraer del análisis de los materiales arqueológicos obtenidos en la excavación y de su comparación con los de otros contextos vacceos ya estudiados y contextualizados. Los principales elementos susceptibles de este tipo de análisis en Vertavillo son las cerámicas, ya que los objetos metálicos no muestran una riqueza suficiente como para aportar datos de interés. En este sentido, las pocas piezas pertenecientes a tipos concretos, caso del hacha, la gubia o la punta de lanza, responden a modelos poco diferenciados o escasamente estudiados, por lo que no se pueden beneficiar de una cronología acotada.

Por lo que se refiere a la producción cerámica¹⁴ muestra, en líneas generales, una clara adscripción a la llamada etapa celtibérica clásica definida por Sacristán (1986: 160-164), es decir, a un momento pleno de época vaccea. Tanto el repertorio técnico y formal como el decorativo apuntan en esta dirección. Siguiendo los rasgos señalados por el mencionado autor para este momento, que cabría fechar desde el siglo III hasta mediado el siglo I a.C., comprobamos se repiten en el conjunto alfarero obtenido en la excavación efectuada en Vertavillo. Predominan, de una forma bastante clara, los elaborados a torno sobre los manuales, aspecto que delata una implantación definitiva del primero

¹⁴ Si recordamos, se apuntó la posibilidad de que existieran al menos dos momentos de ocupación, uno representado por las tres viviendas y la acera de piedra, y otro inferior, del que restaban algunos pavimentos mal conservados y un buen número de hoyos excavados en el substrato. Sin embargo, la cerámica recuperada en estos últimos contextos no ofrece, en líneas generales, una disparidad estadística que haga conveniente su tratamiento diferenciado, razón por la cual consideramos que el tiempo transcurrido entre una y otra "utilización" del espacio excavado no debió ser excesivo.

de los procedimientos. Por otra parte, aunque en retroceso, el mantenimiento de especies facturadas a mano nos sitúa todavía en la época clásica, puesto que estas desaparecen casi por completo en los contextos tardíos.

Entre los productos torneados nos centramos en las especies finas, aquellas llamadas frecuentemente “de tipo celtibérico”. Sus pastas están bien tamizadas y muestran coloraciones anaranjadas o marrones; sin embargo no se alcanzan, por lo general, texturas de una calidad extrema, ni se observan coloraciones blancuzcas o amarillentas, rasgos que caracterizan la etapa tardía. Entre los perfiles de los vasos son muy frecuentes los contenedores de borde vuelto y de “pico de pato”, ejemplares que desaparecen casi por completo en momentos posteriores. Otros rasgos específicos de la etapa clásica y que concurren en Vertavillo son la presencia de copas con fustes moldurados y la mayor abundancia de decoraciones molduradas y estriadas, desarrolladas en bandas amplias. En cuanto a los motivos decorativos pintados son, en su mayoría, igualmente clásicos -semicírculos concéntricos, horizontales, verticales, ondas, cesterías, etc.-, destacando simplemente algunas creaciones, como los rombos rayados, las aspas y los ajedrezados, representados en uno o dos ejemplares y en el segundo de los casos en un nivel de arrastre, que apuntan a momentos avanzados.

Más indicativas, pese a lo que pudiera parecer en un principio, resultan las fábricas manuales, puesto que pueden ayudarnos a acotar el término cronológico superior del área excavada. En este sentido, recordemos cómo en los vasos a mano estaban prácticamente ausentes las decoraciones a peine clásicas y, sin embargo, aparecen diversos tipos (ollas, trípodes, cazuelas, etc.) decorados con motivos incisos, impresos y plásticos (espigas, trazos, mamelones, etc.) en una proporción sobre la cerámica lisa nada desdeñable. Tales rasgos han sido interpretados por Escudero como característicos de un momento avanzado, aunque no final, de la etapa clásica (Escudero, 1995: 205). A tales conclusiones llega esta especialista después de analizar la secuencia de las estratigrafías más recientes de El Soto de Medinilla, sobre todo la reconocida en la excavación de 1988, donde se observa un cambio de comportamiento de estas producciones desde las primeras fases (niveles III y II), con escasa variedad formal (ollas y perfiles simples) y predominio de las especies lisas a las que sólo acompañan en el nivel más antiguo dos ejemplares con típica decoración a peine, a la más moderna (nivel I), donde se diversifican las formas y se introducen nuevos esquemas decorativos, más elaborados. Esta evolución se plasma en el emblemático yacimiento en la aparición de perfiles de cuerpo globular y cuello cilíndrico, así como de decoraciones gallonadas y de acanalados, dos

rasgos que no podemos dejar de paralelizar con uno de nuestros vasos (Fig. 7:5), asociado a la segunda de las estructuras domésticas.

En otra estratigrafía vallisoletana, esta vez en el poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero, se consiguió en 1985 una secuencia donde también se comprueba una evolución tipológica de las especies cerámicas (Gómez y Sanz, 1993). En el nivel II, primera ocupación vaccea fechada en el siglo IV a.C., permanecen las vasijas a mano y la decoración a peine clásica, aunque son mayoría los ejemplares torneados. El nivel III, pese a mostrar un conjunto cerámico menos representativo, se fecha en el siglo II a.C, mientras que el nivel IV muestra rasgos -ausencia de cerámica a mano, introducción de motivos pictóricos novedosos, etc.- que apuntan, dentro de la etapa clásica, a un momento avanzado, inmediatamente anterior al conflicto sertoriano.

Teniendo en cuenta los rasgos descritos para el contexto excavado en Vertavillo -la presencia de cerámica a mano con ausencia de decoración a peine y formas novedosas, así como el aspecto clásico de la producción torneada-, éste parece ubicarse en un momento paralelo al nivel I de la estratigrafía registrada en 1988 en El Soto de Medinilla -puesto que con este estrato es con el que más similitud tipológica encontramos- y por delante del nivel IV de Las Quintanas, donde la cerámica a mano ya ha desaparecido. La fecha, por lo tanto, basándonos en las indicaciones hechas por Escudero (1995: 207) y por Gómez y Sanz (1993), podría situarse centrada en el siglo II a.C, hacia la mitad de la denominada etapa clásica. Tales indicaciones son válidas únicamente para el área excavada, puesto que nada impide constatar en otras zonas del yacimiento momentos de ocupación previos o posteriores. Sin embargo, tales conclusiones vienen a confirmar los datos que se apuntan en ciertos trabajos sobre el mundo vacceo obtenidos a través de prospecciones superficiales, donde Vertavillo se señala siempre como un poblado de época clásica.

Por último, dentro de este apartado cronológico, cabe preguntarse, aunque de una manera un tanto ilusoria, cuándo se produce la destrucción de los restos recuperados y cuáles son las causas. En realidad, el único hecho claro es la existencia de un violento incendio que asola las viviendas, provocando su derrumbe y abandono definitivo. Sin embargo, no sabemos si tal incidente fue provocado o resultado de una circunstancia azarosa, si la catástrofe afecta a todo el caserío o por el contrario se restringe únicamente a este barrio, ni si el hecho coincide con algún episodio bélico o hay que culpar del mismo a una actitud vandálica. En cuanto al momento del año en el que este

acontecimiento tiene lugar sólo podemos imaginar que no se correspondiera con la época de la cosecha, puesto que, al contrario que en otros contextos de destrucción violenta como el de Padilla (Gómez y Sanz, 1993), no se detectan restos de grano almacenado en el interior de las viviendas.

El abandono con carácter definitivo se desprende, en principio, de la ausencia de estructuras asentadas sobre los derrumbes, así como -en el caso de que estas pudieran haber sucumbido a los embates de la erosión superficial del terreno- de las huellas de sus cimentaciones, silos o postes. Otro detalle nos hace igualmente sospechar que ningún otro sector del poblado sobrevivió a este aciago día, ya que de haber sido así sería lógico encontrar los típicos “hoyos de rebusca o saqueo” tan habituales en otros lugares, caso de las Eras de San Blas de Roa, practicados por los supervivientes y destinados a salvar todo aquello, objetos domésticos y materiales de construcción, que fuera reaprovechable.

Esta endeble prueba y la incomparecencia hasta el momento de materiales de cronología romana en la superficie del yacimiento, son las únicas pistas, ya sabemos que bien pobres, para plantear que el final de las viviendas exhumadas en Las Chozas fuera también el último capítulo de la vida en el *oppidum* de Vertavillo, y que este ocurriera antes de que se iniciara el dominio romano sobre territorio vacceo -algo que no sucede hasta después del conflicto sertoriano-, o incluso que coincidiera con las campañas militares que atacaron estas tierras en el transcurso de las guerras celtibéricas.

Vertavillo, *Oppidum* Vacceo

Los resultados de la excavación, como hemos visto, se muestran fundamentales a la hora de encuadrar el yacimiento vacceo de Vertavillo dentro del panorama de la segunda Edad del Hierro en el centro de la cuenca del Duero. Sin embargo, no pueden ser más que un primer y pequeño paso en el estudio de un asentamiento que, como sus coetáneos, requiere de mayores esfuerzos para ser comprendido en su totalidad. En este sentido, y aunque no sea el objetivo principal de este trabajo, queremos hacer referencia a una serie de aspectos sobre el poblado palentino, uno más de los *oppida* localizados en territorio vacceo.

En algunos estudios sobre poblamiento referidos a este mundo (fundamentalmente San Miguel, 1993 y Sacristán *et alii*, 1995) se consideraba el *oppidum* como único centro poblacional vacceo, a la vez que se negaba, al contrario que en otras regiones ibéricas, una clara jerarquización del asentamiento en la que unos lugares centrales, de mayores dimensiones y mayor pujanza política y económica, ejercieran el control sobre pequeños aduares situados en sus

cercanías. A pesar de ello, no podemos negar la presencia de núcleos de distinto tamaño, así como una dinámica evolutiva que culmina, momentos antes de la dominación romana, en un esquema de poblamiento articulado por la presencia de grandes núcleos organizadores del espacio que alcanzan la categoría de ciudades (*civitates*) a las que se subordina un segundo grupo de centros dependientes de menores dimensiones (Delibes *et alii*, 1995: 106-107).

En este sentido, las divisiones se efectúan entre grandes poblados, con más de 10 ha, otros intermedios, entre 5 y 10 ha, y un tercer grupo con dimensiones inferiores a 5 ha (San Miguel, 1993: 33 y Sacristán *et alii*, 1995: 344). Estas diferencias se corresponden claramente con una mayor densidad de población para los primeros, donde también la actividad sería mucho mayor. Pese a que la delimitación del área estrictamente urbana de Vertavillo sigue sin ser clara, no creemos equivocarnos al pretender para este poblado su pertenencia a la primera categoría, puesto que, como hemos mencionado en la descripción del mismo, sus dimensiones superan con creces las 10 ha, incluso sin contar las amplias zonas de cenizales registradas en su contorno (Fig. 11).

Además de las grandes dimensiones, que se habrían de traducir en una mayor densidad de población, el *oppidum* o la *civitas* de Vertavillo cumple prácticamente todas las características que adornan la red del poblamiento vacceo en la cuenca media del Duero, tales como el tipo de emplazamiento, las evidencias de un urbanismo planificado y las pautas de distanciamiento y ausencia de intervisibilidad entre los vecinos más próximos.

El tipo de emplazamiento con preocupación defensiva, sobre un espigón de páramo (modelo A1 de Sacristán *et alii*, 1995), resulta bastante habitual en la cuenca media del Duero y lo vemos repetido por ejemplo en Roa (Burgos), en el Cerro de la Miranda (Palencia) y en Tiedra y Montealegre (Valladolid). En el caso de Vertavillo, el poblado no se sitúa en el borde de las cotas más altas de la paramera, en torno a los 900 m, sino que se asienta en la línea medida de esta formación, una centena de metros por debajo, de manera que aprovecha por un lado el carácter estratégico y por otro el abrigo proporcionado por las cotas superiores (Fig. 11). La peculiaridad de nuestro enclave se encuentra, quizás, en la utilización de una plataforma triple, sesgada por dos pequeños barrancos, aquellos que dan forma al espigón en el que se encuentra el casco histórico del pueblo; una configuración que nos recuerda, en parte, a la de Melgar de Abajo (Valladolid). Los restos, sin embargo, no se restringen a la zona alta de las plataformas, sino que se reparten también por las laderas y al pie de las mismas, ya en las primeras terrazas de la vega, aunque por el momento no podemos asegurar si estas evidencias

se vinculan directamente con espacios habitacionales o son el reflejo de otro tipo de aprovechamiento.

En cualquier caso, el poblado ofrece una defensa natural en tres de sus flancos y sólo requiere el refuerzo artificial del cuarto -el que enlaza con la plataforma de los páramos- a pesar de que en ocasiones aquel no aparece (San Miguel, 1993: 41), como podría ser también el caso de Vertavillo. Desde una posición tan privilegiada, por otra parte, se tiene no sólo un control militar del territorio, sino también un claro dominio sobre las mejores tierras de cultivo del entorno situadas en la vega. En este aspecto Vertavillo no es una excepción al modelo vacceo de aprovechamiento del paisaje, puesto que esta misma orientación hacia los terrenos agrícolas rentables, ya sean estos las amplias vegas o las ricas campiñas, se repite en todos los poblados contemporáneos (Sacristán *et alii*, 1995: 350).

Las evidencias de una ordenación urbanística, a las que ya nos hemos referido, tienen su corroboración en Vertavillo gracias a la aparición de una acera de piedras de grandes dimensiones, sin duda parte de uno de los ejes vertebradores del espacio interior de los poblados; así como en las huellas fósiles de viales longitudinales que nos delata la fotografía aérea. También los cenizales han sido interpretados en ocasiones como pruebas de obras urbanísticas de envergadura y resultado de descombros provocados por una reordenación del espacio urbano. En este sentido, recordemos cómo entre los restos hallados en la excavación hemos podido documentar parte del suelo de una vivienda que se disponía por debajo de la acera de piedras, por lo que podríamos encontrarlos ante uno de estos momentos de reestructuración del caserío.

En cuanto al distanciamiento de los vecinos más próximos, Vertavillo cumple con creces la media de 12 km propuesta para el modelo de poblamiento vacceo, así como la característica ausencia de intervisibilidad entre poblados (Sacristán *et alii*, 1995: 354 y 361). En efecto, un vistazo a cualquiera de los mapas de dispersión de yacimientos deja al descubierto la realidad de la separación espacial existente entre nuestro yacimiento y sus contemporáneos. Utilizando los datos publicados y otros extraídos del Inventario Arqueológico Provincial hemos hallado las distancias (en línea recta) desde nuestro poblado a aquellos otros más cercanos. Hacia el sur y el sureste los centros vacceos más próximos que encontramos están en Olivares de Duero¹⁵, a unos 25 km, y en

¹⁵ El yacimiento al que nos referimos tiene su principal ocupación durante la primera Edad del Hierro y no está claro que supere los primeros compases de la segunda.

¹⁶ Sobre este yacimiento existe una mención en un estudio sobre el pueblo de Baltanás (Cepeda, 1983: 12-13).

Padilla de Duero, a unos 30 km, distancias que, sin embargo, habría que ampliar por mediar entre el primero y los segundos al menos dos grandes líneas de páramos separadas además por el valle del río Esgueva. Hacia el este y el nordeste encontramos Roa y Palenzuela, dos grandes *civitates* que distan de Vertavillo más de 30 km surcados igualmente de parameras. Más accesibles son los núcleos situados en la vertiente occidental, y sobre todo el castro de Tariego de Cerrato, al oeste de Vertavillo sobre la vega del río Pisuerga, a tan solo 15 km y sin grandes dificultades orográficas. Unos 15 km más al noroeste se encuentra la vieja *Pallantia* asentada en la capital, a la que se accede ascendiendo por la vega del Carrión. Por último, hacia el suroeste, y quizás el mejor comunicado a través de la vega del arroyo de los Madrazos, se encuentra el poblado de Las Quintanas de Valoria la Buena (Valladolid), a unos 16 km.

En cualquier caso, los recorridos más cortos se encuentran en torno a los 15 km (Tariego y Valoria), mientras que el resto supera siempre los 20 km, llegando incluso a 30 o más km la distancia recorrida hasta Palenzuela, Roa o Padilla de Duero.

En los últimos años, sin embargo, las noticias que nos llegan del Inventario Arqueológico Provincial (Strato, 2001) nos obligan a recapacitar sobre este tradicional distanciamiento; puesto que, aunque de manera tímida, parece que se detectan estaciones que ofrecen lotes cerámicos de tipología celtibérica que recomiendan una nueva lectura de la visión territorial tradicional. Por nuestra parte, creemos que estas últimas no son sino pequeños núcleos “*inter-civitates*” o “*interoppida*”, de pequeño tamaño, que además se instalan en las líneas naturales de comunicación entre los grandes núcleos. Este puede ser el caso de los inéditos yacimientos de Los Paredones (Villaviudas), El Rabanillo (Baltanás)¹⁶, Nuestra Señora del Campo (Valdecañas de Cerrato) y La Huelga/El Pesquerón (Herrera de Vadecañás), todos ellos al norte de Vertavillo, entre Palenzuela y Tariego de Cerrato.

La única pauta transgredida en nuestro yacimiento en lo que al modelo de poblamiento vacceo se refiere está en la falta de acomodación a la red fluvial mayor (Sacristán *et alii*, 1995: 352-351), ya que si lo habitual en este contexto temporal y cultural es la instalación de los asentamientos, sobre todo aquellos que muestran unas mayores dimensiones, en los amplios valles surcados por los principales ríos de la región -sirvan como ejemplos los poblados de Roa y Padilla de Duero sobre el Duero, Palenzuela en la confluencia del Arlanza y el Arlanzón, Palencia sobre el Carrión, o Tariego de Cerrato, Valoria la Buena y El Soto de Medinilla sobre el Pisuerga-, el nuestro se aloja en la cuenca de un pequeño arroyo que atraviesa los páramos interiores de la

comarca de El Cerrato. Es cierto que este quebranto de la pauta general se produce también en otros casos, pero no es menos veraz que la gran mayoría de ellos se sitúan en la Tierra de Campos, un espacio con especial concentración de establecimientos vacceos de gran tamaño que ha sido propiciada por la existencia de una mayor densidad de poblamiento, observada ya en el periodo previo, y por la abundancia de tierras cultivables a lo largo de la ancha campiña (Sacristán *et alii*, 1995: 361 y 366). La ubicación interior de Vertavillo no se puede explicar en los mismos términos, puesto que El Cerrato no parece ser un entorno frecuentado por las gentes de tipo Soto a juzgar por los mapas de dispersión conocidos; por lo que el razonamiento tiene que ser de otra naturaleza. Quizás este punto internado en uno de los más extensos *vacíos vacceos* (*Ibidem*: 351), los páramos situados al norte del Duero y al sureste del Pisuerga, pretenda ampliar el control en la zona oriental del territorio, o simplemente se derive de las posibilidades que ofrecía el pequeño valle del arroyo de los Madrazos y de la inexistencia de centros de población cercanos que compitieran por el área de explotación.

Teniendo en cuenta este particular rasgo podría pensarse que Vertavillo se sale también de la linearidad a la que parece se someten los poblados de la época, jalonando precisamente la mencionada red fluvial jerarquizada. Sin embargo, en este aspecto podemos apuntar la existencia de una clara relación lineal con los asentamientos de Valoria la Buena y Tariego de Cerrato, y a través de ellos con los de la cuenca del Pisuerga. Tampoco podemos olvidar que por tierras de El Cerrato pasaría en época romana una de las vías menores de comunicación, en concreto la que unía Clunia con *Viminacium* a través de Roa, Vertavillo y Tariego (Castro y Blanco, 1975: 111), lo que implica que la comarca no fue del todo ignorada en esta época.

En definitiva, con todo lo expuesto podemos asegurar que Vertavillo constituyó un verdadero *oppidum* vacceo de primera categoría no supeditado espacialmente a ningún núcleo conocido, que debió contar con un amplio territorio de explotación y que pudo vertebrar la ocupación del espacio en el interior de la comarca de El Cerrato.

Las excavaciones efectuadas en 1999 sobre el pago de Las Chozas son únicamente una pequeña muestra de lo que este inmenso yacimiento esconde. La reducida zanja explorada, los restos arquitectónicos descubiertos, las pistas obtenidas por la prospección y las imágenes proporcionadas por la fotografía aérea nos presentan un interesante panorama arqueológico susceptible de proporcionar, aplicando los mecanismos científicos adecuados, un muy interesante volumen de información sobre el pueblo vacceo. El espacio son-

deado, además, presenta algunas ventajas que lo convierten en un lugar propicio para iniciar una investigación específica, puesto que allí donde la erosión no ha ejercido su labor de una forma acentuada guarda fosilizado un momento concreto de la vida de la ciudad, aquel que parece coincidir con un devastador incendio y que termina con su desarrollo temporal. Este paisaje fósil, sin alteraciones posteriores ni remociones inmediatas al desastre, podría mostrarnos una imagen homogénea de la estructura urbana, un plano detallado de la planta de las viviendas, un reflejo fidedigno de las actividades domésticas, una instantánea, en fin, de la vida cotidiana de estas gentes y por lo tanto, una buena base argumental para la caracterización del pueblo indígena que habitó estas tierras antes de la plena romanización.

Sirva, en cualquier caso, esta aportación sobre el yacimiento de Vertavillo, para que éste salga de la indefinición arqueológica a la que se ha visto, hasta ahora, sometido en los estudios de la Edad del Hierro, y para enmarcarlo en su justa medida entre las grandes ciudades vacceas del centro de la cuenca del Duero.



FIGURA 11

Fotografía aérea de Vertavillo. 1. Líneas defensivas naturales y posibles refuerzos. 2. Cenizas. 3. Líneas fósiles. 4. Área de Excavación.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F.J., PALOMINO LÁZARO, A.L. y BLANCO, P., *Informe Técnico. Intervención Arqueológica realizada en el Yacimiento de "Las Eras de Arriba/Las Chozas", Vertavillo (Palencia)*, Informe Inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Palencia, 1999.
- ABARQUERO MORAS, F.J., PALOMINO LÁZARO, A.L., *Informe Técnico. Intervención Arqueológica realizada en el Yacimiento de "Las Eras de Arriba/Las Chozas", Vertavillo (Palencia), Segunda Fase, Julio-Agosto 1999*, Informe Inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Palencia, 1999.
- ABARQUERO MORAS, F.J., PALOMINO LÁZARO, A.L., "La necrópolis de El Pradillo, Pinilla-Trasmonte (Burgos), evolución del rito funerario en el confín occidental del territorio celtibérico", *Actas IV Congreso Peninsular de Arqueología*, Faro, 2004, (e.p.)
- ABARQUERO MORAS, F.J., PALOMINO LÁZARO, A.L., *Informe Técnico, Excavación Arqueológica en las "Eras de San Blas", Roa (Burgos)*, Campaña 2003, Informe Inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Burgos, 2003.
- ALCALDE CRESPO, G., *El Cerrato Palentino*, Palencia, 1997.
- BARRIL VICENTE, M. M., "Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, X, nºs 1 y 2, pp. 5-24, 1992.
- BARRIO MARTÍN, J. (1993): "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la plaza del Castillo (Cuellar, Segovia)", en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 173-212.
- BLANCO GARCÍA, J. F. , *Cerámica histórica en la provincia de Segovia. I. Del Neolítico a época visigoda (V Milenio-711)*, *Trabajos de Arqueología Hispánica*, 1, Segovia, 2003.
- CABRÉ AGUILÓ, J., *Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila)*. I. El Castro; Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 110, 1930.

- CASTRO GARCÍA, L. DE y BLANCO ORDÁS, R. (1975): “El Castro de Tariego de Cerrato (Palencia)”, *PITTM*, 33 (1975), pp. 59-138.
- CENTENO CEA, I., SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J. y GARRIDO BLÁZQUEZ, I., “Aproximación al urbanismo vacceo-romano de Pintia”, en SANZ MÍNGUEZ, C. y VELASCO CÁZQUEZ, J., *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea, Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Valladolid, 2003, pp. 69-98.
- CEPEDA CALZADA, P., *Baltanás, capital del Cerrato. Apuntes para un pueblo*, Institución Tello Téllez de Meneses, Diputación Provincial de Palencia, Valladolid, 1983.
- CUADRADO BASAS, A. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C., “El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 335-370.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1995.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C., “Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duro medio”, en DELIBES, ROMERO y MORALES, (Eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1995, pp. 49-146.
- ESCUDERO NAVARRO, Z., “Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de El Soto de Medinilla (Valladolid)”, en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a.C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1995, pp. 179-219.
- ESCUDERO NAVARRO, Z., “Datos sobre la cerámica común a torno de época vaccea”, en BALBÍN, R y BUENO, P. (Eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular, Tomo III - Primer Milenio y Metodología*, Zamora, 1996, Universidad de Alcalá, 1999, pp. 275-288.
- GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C., “El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 335-370.

- HEREDERO GARCÍA, R. (1993): “Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo. (Montealegre)”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 279-302.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A., “El Poblamiento Celtibérico, en el alto valle del Ebro”, en BURILLO, F. (Coord.): *Poblamiento Celtibérico, III Simposio sobre los Celtiberos*, Daroca, 1991, Zaragoza, 1995, pp. 289-328.
- MANRIQUE MAYOR, M. A., Instrumentos de hierro de Numancia, Madrid, 1980.
- MISIEGO TEJEDA, J.C., MARTÍN CARBAJO, M.A., MARCOS CONTRERAS, G.J., SANZ GARCÍA, F.J., REDONDO MARTÍNEZ, R., DOVAL MARTÍNEZ, M., GARCÍA RIVERO, P.F. y GARCÍA MARTÍNEZ, M.I., “Excavación arqueológica en el poblado protohistórico de *Dessobriga* (Osorno, Palencia/Melgar de Fernamental, Burgos), en MISIEGO TEJEDA, J.C. y ETXEBERRÍA ZARRANZ, C. (Coords.), *Actuaciones Arqueológicas en la Autovía del Camino de Santiago (A-231. León-Burgos)*. Provincia de Burgos (2000-2003), León, 2003, pp. 31-91.
- MISIEGO TEJEDA, C., MARCOS CONTRERAS, G.J., MARTÍN CARBAJO, M.A. y SANZ GARCÍA, F.J., “Últimas investigaciones de la Edad del Hierro en la provincia de Zamora: el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa”, en *II Congreso de Historia de Zamora*, Tomo I, Zamora, 2003, Zamora, 2006, pp. 103-141.
- OLMO MARTÍN, J. DEL, *Arqueología Aérea en Villas Romanas y Urbanismo Celtibérico y/o Romano*, Edición digital en Internet, http://usuarios.lycos.es/arqaerea/libro/aa_nuclurb.html, 2003.
- OLMO MARTÍN, J. DEL y SAN MIGUEL MATÉ, L.C., “Arqueología aérea en asentamientos vacceos”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 507-528.
- PRADALES, D. y SAGREDO, L., “Los orígenes del poblamiento castreño en Deobrigula”, *Hispania Antiqua*, XVII, 1993, pp. 119-141.
- QUINTANA LÓPEZ, J., “sobre la Edad del Hierro en Simancas”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 67-91.

- ROMERO CARNICERO, M.V., ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G.J., “Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 223-262.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., (Eds.) *Arqueología Vaccea, Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993.
- SACRISTÁN DE LA LAMA, J. D., *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos), Valladolid, 1986.
 - , “Arqueología Preventiva y de Gestión (1989-1990), Burgos”, *Nvmantia, Arqueología en Castilla y León*, 1989/1990, 1993, pp. 295-306.
 - , “Apuntes sobre la geografía poblacional vaccea”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LX, 1994, pp. 139-152.
- SACRISTÁN, J. D., SAN MIGUEL, L. C., BARRIO, J. y CELIS, J., “El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”, en BURILLO, F. (Coord.): *Poblamiento Celtibérico, III Simposio sobre los Celtiberos*, Daroca, 1991, Zaragoza, 1995, pp. 337-367.
- SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L. y HERNÁNDEZ GUERRA, L., “La romanización de los pueblos ibéricos”, en DELIBES DE CASTRO, G., PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L., HERNÁNDEZ GUERRA, L., ESTEBAN RECIO, A. y VALDEÓN BARUQUE, J., *Historia de Palencia, 1. De la Prehistoria a la Época Medieval*, Palencia, 2003.
- SÁNCHEZ DONCEL, G. (1950): “Estudio Documentado de la Villa de Vertavillo”, *PITTM*, 4 (1950), pp. 57-132.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., “El Poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero”, en ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, pp. 21-65.
 - , “Origen y evolución del oppidum vacceo de 'Las Quintanas' (Valoria la Buena, Valladolid)”, en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A.: *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1995, pp. 319-334.
- SANZ MÍNGUEZ, C., *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Memorias, Arqueología en Castilla y León, 6, Salamanca, 1998.

- SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., “El complejo arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena”, en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1995, pp. 271-306.
- STRATO, *Trabajos de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la Provincia de Palencia, Campaña 2000-2001. Memoria, Cerrato y varios municipios*. Memoria Final depositada en el Servicio Territorial de Cultura de Palencia, 2001.
- VALLEJO DEL BUSTO, M., *El Cerrato Castellano*, Valladolid, 1978.
- WATTENBERG, F., *La Región Vaccea*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, II, 1959.
- WATTENBERG GARCÍA, E., *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga*, Valladolid, 1978.



Lám. 1.- Vivienda 1: En primer término, acera de piedras y muro de adobes; en el centro, suelo de arcilla y de lajas de caliza; al fondo zócalo de piedras y despensa.



Lám. 2.- Detalle del muro de adobe de la Vivienda 1.



Lám. 3.- Nivel inferior de la Vivienda 1: hoyos de poste y gran hoyo-silo.



Lám. 4.- Vivienda 2: En primer término, nivel de incendio de la despensa delimitado por el arranque de un muro de tapial y adobe; al fondo suelo de arcilla de la estancia principal con hoyo-silo en el centro y zócalo de piedras en el extremo opuesto.



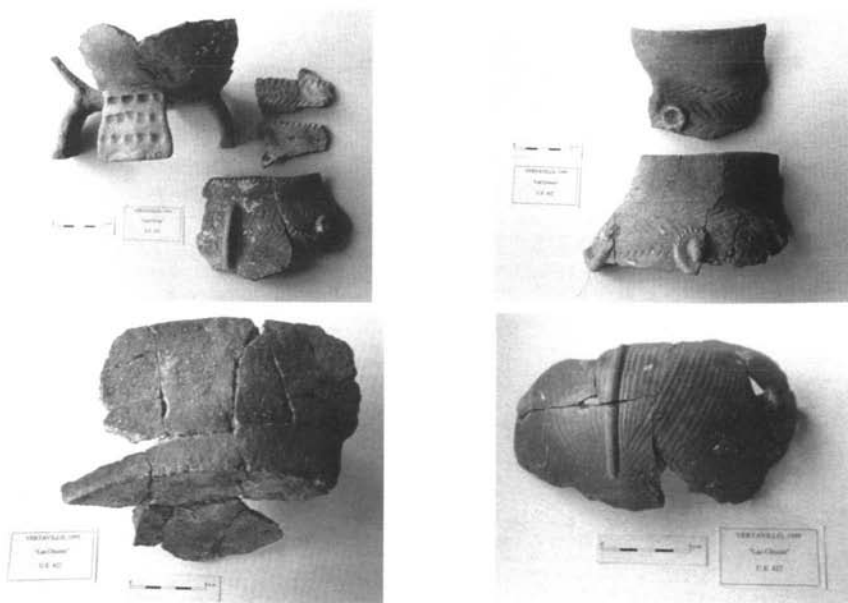
Lám. 5.- Fondos umbilicados de vasijas de almacenamiento hallados *in situ* en el suelo de la despensa de la Vivienda 2.



Lám. 6.- Nivel inferior de la Vivienda 2: restos del suelo de arcilla y hoyo de poste.



Lám. 7.- Vivienda 3: Muros con zócalos de piedra y hogar de barro y cama de fragmentos de cerámica.



Lám. 8.- Cerámica a mano.



Lám. 9.- Cerámica a torno.



Lám. 10.- Tortas de barro cocido y canicas de cerámica.



Lám. 11.- Elementos metálicos (hierro): hacha, gubia, anilla-arreo y punta de lanza.